



VIDA RELIGIOSA

Revista al servicio de la vida consagrada

MAR 2026 | N° 3 vol. 141

Reflexión

Habitar la paradoja. Secularidad consagrada

Braseros
y vasijas

La Caridad
hace barrio

NOVEDADES



FRECUENTAR EL FUTURO V Palabras a la vida consagrada (2024-2025)

PAPA FRANCISCO. Págs. 180. P.V.P.: 20 EUROS

Este libro recoge los textos correspondientes a los años 2024 y 2025, los últimos de su pontificado. Leídos a la luz del conjunto, adquieren un tono particular, casi testamentario. No porque el Papa anunciara un final, sino porque en ellos se percibe con claridad lo esencial de su mensaje, despojado de todo accesorio: la llamada a volver al Evangelio, a custodiar la vida interior, a vivir la consagración como profecía humilde y fecunda en medio del pueblo de Dios. Estos discursos, homilías y mensajes muestran con claridad que Francisco no ofreció a la vida consagrada un

programa técnico de reformas, sino algo más exigente y más sencillo a la vez: una espiritualidad evangélica capaz de sostener la fidelidad en tiempos de cambio.

Lectio Divina para Tiempos Fuertes CUARESMA Y SEMANA SANTA 2026 *No solo de pan*

OLGA MOLINA. Págs. 124. P.V.P.: 7 euros

Los tiempos fuertes de Cuaresma y Semana Santa son muy propicios para meditar y dejar que la Palabra de Dios inspire nuestras vidas.

La «lectura orante» del Evangelio nos llega, de nuevo, de la mano de Olga Molina.



Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º 28008 Madrid
Pedidos: Tlf. 915 401 267 publicaciones@publicacionesclaretianas.com
www.publicacionesclaretianas.com

CARTA DEL DIRECTOR

Gonzalo Fernández Sanz

DIRECTOR DE VIDA RELIGIOSA

ALCANZADOS POR LA PALABRA

En su mensaje para la Cuaresma de este año, el papa León XIV nos recuerda que «todo camino de conversión comienza cuando nos dejamos alcanzar por la Palabra y la acogemos con docilidad de espíritu». No es lo mismo *usar* la Palabra (cosa que hacemos a menudo en nuestras liturgias, catequesis y clases) que *dejarnos alcanzar* por ella y *acogerla* con docilidad.

Como Jesús en el desierto, también nosotros corremos el riesgo de ser tentados por los diablos que manejan una Palabra de Dios adulterada. Las tentaciones expresan tres maneras erróneas de relacionarse con las cosas, con Dios y con las personas. El evangelista Mateo ha construido un relato didáctico en el que salta a la vista este paralelismo. En realidad, se trata de una confrontación entre dos palabras: la del diablo (que nos invita siempre a ponernos en el centro) y la de Dios (que nos invita a ponerlo a Él). Esta tensión está en el núcleo de las tres tentaciones: palabra contra Palabra.

La *primera tentación* se refiere a la relación con las cosas (Mt 4,3-4). El diablo seduce a Jesús con palabras lisonjeras para que no se contente con el pan de cada día, sino que caiga en la tentación fácil de deslumbrar y acumular. Es la tentación que todo ser humano tiene y que hoy reviste

la forma de consumismo, búsqueda obsesiva de seguridad, explotación e injusticia. Jesús la afronta de cara. Contrapone la fuerza de la Palabra de Dios a la sutil insinuación de la palabra diabólica: «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Dt 8,3).

La *segunda tentación* afronta nuestra manera equivocada de relacionarnos con Dios (Mt 4,5-7). El diablo quiere convencer a Jesús de que Dios es el recurso fácil para resolver todos los problemas de la vida. Lanzarse del alero del templo y esperar que los ángeles impidan la caída es una forma simbólica de referirse a un Dios mágico, servidor de nuestros objetivos y caprichos. Jesús, que ama al Padre sobre todas las cosas, no se deja derrotar por invitaciones tan insidiosas. Responde también con la fuerza de la Palabra: «No tentarás al Señor, tu Dios» (cf. Dt 6,16).

La *tercera tentación* afecta a la relación con los otros (Mt 4,8-10). Es quizás la más seductora de todas. Es el agujijón del poder, del dominio de las otras personas. Cuando no sabemos relacionarnos con ellas a través del amor escogemos el atajo de la manipulación y la fuerza. Pero Jesús no se deja tampoco arrastrar por esta tentación. Encuentra de nuevo fuerza en la Palabra: «Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto» (cf. Dt 6,13).

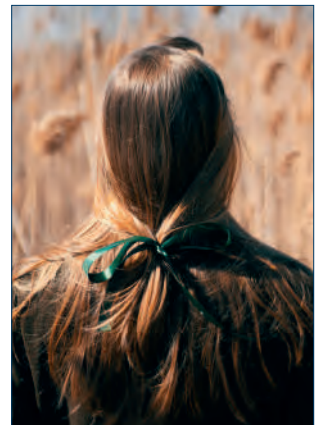
En el espejo que Mateo nos coloca delante vemos reflejado al Jesús que vence con la auténtica Palabra de Dios la palabra *adulterada* del diablo, que también se remite a la Escritura, pero retorciéndola y manipulándola. En ese mismo espejo nos vemos también reflejados nosotros que a diario somos asaeteados por palabras seductoras que tratan de engañarnos: «La vida consagrada no tiene futuro. Disfruta y deja de preocuparte», «No pienses tanto en los demás y busca tu autorrealización», «No merece la pena ensayar nuevos caminos. Hemos probado muchos y nada cambia», ... ¿Cuánto tiempo podemos resistir sin dejarnos llevar por estas insinuaciones? ¿De qué armas disponemos para el combate? La respuesta del evangelista Mateo es clara. Solo podemos hacer frente a estas tentaciones sirviéndonos del arma que Jesús empleó: la Palabra de Dios. En el fondo, cuando la Iglesia coloca el relato de las tentaciones al principio de la Cuaresma, nos está transmitiendo un mensaje nítido: si queremos superar las tentaciones, necesitamos alimentarnos con la Palabra de Dios. O, como dice el Papa en su mensaje: dejarnos alcanzar por ella.

Cuando nos dejamos alcanzar, enseñada experimentamos el contraste entre la Palabra de Dios y las otras palabras que pugnan por ocupar su espacio. Jesús podría haber tenido un éxito arrollador si hubiera seguido los dictados de las palabras del diablo. No hubiera acabado en la cruz si se hubiera plegado a los principios de este mundo: eficacia a cualquier precio, competitividad, recurso a la fuerza y la opresión, alianza con los poderosos, utilización de sus métodos violentos, etc. Pero Jesús, dejándose guiar por la Palabra de Dios, escogió el camino opuesto: se hizo siervo, se colocó el último de la fila, se relacionó con las cosas, con Dios y con los demás desde el amor y no desde el dominio y la explotación.

¿No estamos llamadas las personas consagradas a afrontar nuestras tentaciones actuales *dejándonos alcanzar* por la Palabra? Si lo hacemos, es muy probable que no logremos la aprobación interna o social que a veces mendigamos, sino la probación de quien es acrisolado en las contrariedades. Seremos más probados que aprobados, pero ahí encontraremos nuestra configuración con el Cristo al que queremos seguir. ☺

Nuestra portada

No mira de frente al lector porque, en realidad, su mirada se dirige a todo el mundo. Ser completamente de Dios y completamente para el mundo. Ese es el ideal de los miembros de los institutos seculares. En este número profundizamos en su identidad y misión en la Iglesia. Aunque no veamos su rostro, percibimos su sabor. Como sal de la tierra, como fermento en la masa. Como lazo que une los cabellos dispersos del mundo bajo la luz de Dios.



4

**Una brújula
para la misión**

*Un desarme que
comienza en el corazón*
Cristóbal Fones

5

Experiencias

La Caridad hace barrio
Paloma Aragüe

10

Desde la otra orilla

*Contemplar
con C de Cuaresma*
Liliana Franco

11

Reflexión

La secularidad consagrada
Carolina Sánchez



20

Hablando en dialecto

Una cosa te falta
Dolores Aleixandre

21

Retiro

*La misión de la
vida consagrada*
Manuel Ogalla

29

Algo está brotando

*Los bracitos
abiertos de Dios*
Miguel Márquez

30

Entrevista a

María Teresa Cuervo
Adrián de Prado

36

Desde del claustro

La grandeza de un sí
Carolina Blázquez

37

Releyendo

Vita Consecrata
«Provocaciones»
José Cristo Rey García

40

**Institutos
de vida consagrada**

*Hijos de la Sagrada
Familia de Jesús,
María y José*
Jesús Díaz Alonso

43

Actualidad

Braseros y vasijas
Gonzalo Fernández



46

Desde África

*Redes sociales
y empoderamiento
de las frustraciones*
Gregory Ezeokeke

47

Rincón cultural

*La inflación
de las imágenes*
Libro: *Elogio espiritual
del cuerpo*
Pedro Manuel Sarmiento

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos).

Director: Gonzalo Fernández Sanz.

Subdirector: Adrián de Prado Postigo.

Consejo de Redacción: Antonio Bellella, M^a Inmaculada Eibe, Felicia Fernández, José Cristo Rey García Paredes, Carolina Sánchez, Antonio Sánchez, Pedro M. Sarmiento, Samuel Sueiro, Ignacio Virgillito.

Depósito Legal: M2.5821.958 ISSN: 02119749

Maquetación y diseño: Verónica Navarro, Araceli López—Pastor, Adrián de Prado.

Foto de portada: Redacción. **Imprime:** Din Impresores.

Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid
www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262. WhatsApp: +34 676 25 67 05
email: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238

email: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 75 euros (IVA incluido).
Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 95 euros ó 105\$ USD.
Otras naciones: 70 euros ó 75\$ USD.

Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

UNA BRÚJULA PARA LA MISIÓN



Un desarme que comienza en el corazón

P. Cristóbal Fones

COMPAÑÍA DE JESÚS (ROMA, ITALIA)

DIRECTOR INTERNACIONAL RED MUNDIAL DE ORACIÓN DEL PAPA

En marzo, el Papa nos invita a pedir que «las Naciones procedan a un desarme efectivo, particularmente el desarme nuclear, y los líderes mundiales elijan el camino del diálogo y de la diplomacia en vez de la violencia». ¿Cómo acoger este desafío en nuestra vida consagrada y orientar nuestra oración de intercesión?


Como la mayoría de la humanidad, anhelamos la paz y nos conmueven las noticias de graves conflictos. Además, al pertenecer a comunidades internacionales, contamos con una mirada más amplia que nos mantiene atentos a tensiones y perspectivas diversas. Sabemos que la realidad no es blanco y negro. Y, por nuestra inserción en lugares más pobres, escuchamos voces que no llegan a los noticieros.

Oremos por el cese al fuego y unámonos al clamor constante del Santo Padre, que nos llama a abrir los ojos ante una guerra que destruye el tejido social. La industria del armamento sigue creciendo, y la amenaza nuclear condiciona gravemente el futuro de la humanidad.

Como consagrados creemos también que la paz no es sólo asunto de tratados o de grandes líderes: es un don de Dios que debemos encarnar en la historia mediante la fraternidad. Si la pedimos para el mundo,

también nos comprometemos a desarmar nuestra convivencia diaria. Por eso, este mes no solo miramos fronteras en conflicto, sino que nos preguntamos cómo alimentamos la cultura del enfrentamiento en nuestros propios entornos. La violencia no habita únicamente en los misiles: también aparece en el lenguaje agresivo, en las burlas, en la impaciencia y en el juicio duro hacia los demás. El desarme que transforma a las naciones debe comenzar, necesariamente, por un desarme interior.

Iniciemos este mes conscientes de nuestra responsabilidad como artesanos de paz. Pidamos la gracia de un corazón reconciliado que elija el diálogo, especialmente ante conflictos cercanos. Que no pase un día sin intentar «desarmar» nuestro lenguaje y actitudes, buscando el encuentro, antes que imponer nuestra visión.

Que nuestra oración se vuelva gestos de justicia y solidaridad, recordando que la verdadera seguridad no nace del miedo ni del control, sino de la confianza entre los pueblos y las personas. 

EXPERIENCIAS



La Caridad hace barrio

La de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana en Palmete es una historia de cambios en que el amor de Cristo va buscando mil formas de llegar a sus vecinos. Todo cambia, menos ese amor. Y la Caridad hace barrio.

Paloma Aragüe Calle

HERMANAS DE LA CARIDAD DE SANTA ANA

Todo cambia: «Cambia lo superficial, cambia también lo profundo, cambia el modo de pensar, cambia todo en este mundo». Así cantaba Mercedes Sosa los versos que nacían de un exilio forzado y sufriente, allá por los años 80.

Y sigue siendo verdad, todo cambia. Lo que se comienza de un modo, el paso del tiempo con las circunstancias de cada momento, va dibu-

jando escenarios distintos a los de aquellos comienzos.

La Barriada de San José de Palmete (Sevilla) empieza a nacer con manos vacías y sueños esperanzados. Estamos a finales de los años 60 y principios de los 70, en pleno éxodo rural, en el que familias de zonas rurales migran hacia las ciudades buscando una alternativa al empobrecimiento de sus pueblos. La ciudad

concentra un movimiento económico que atrae la esperanza de quienes, con su trabajo, quieren una vida mejor para sí y para sus hijos.

Este futuro esperanzado se labra con las propias manos. El salto de la periferia de lo rural coloca a las personas en una nueva periferia física y social. Los trabajos disponibles son no cualificados, los salarios no alcanzan para la adquisición de una vivienda. Justo da para ir viviendo y comprar una parcela —de suelo rústico— a las afueras de la ciudad. Muy a las afueras. Ese pedazo de tierra es la única posesión, sobre la que, con las propias manos, irán construyendo sus casas. Primero, una habitación. Luego otra. Y así se va configurando el barrio, vecino con vecino, en terreno sin urbanizar, por tanto, con calles sin asfaltar, sin servicios y junto a un arroyo.

Rondando ya los mediados de los 70, las Hermanas de la Caridad de Santa Ana llegamos al barrio. Son siete Hermanas, procedentes todas del colegio que la Congregación tenía —y sigue teniendo— en el barrio de los Remedios. Movidas por los aires de renovación del Concilio Vati-

cano II, quieren hacerse presentes en medio de la gente humilde y ser, también ahí, signos visibles del Reino.

Los primeros en llegar fueron dos sacerdotes diocesanos, unos años después, nosotras y al cabo de poco, los frailes franciscanos. Son años de movimiento vecinal rico. Si hay algo que une a las personas es tener una lucha común. La población del barrio, con el impulso y el compromiso evangélico de las comunidades religiosas —de hermanas y frailes— se moviliza para conseguir mejoras colectivas esenciales que dotaran al entorno de unas condiciones dignas: suministros de agua y luz, asfaltado de las calles, soterramiento del arroyo, construcción de puentes y pasarelas que facilitarían la movilidad, línea de autobús urbano que conectara con la ciudad, salvando no sólo la barrera de la distancia en kilómetros, sino también la barrera psicológica que supone tener que cruzar —en aquel momento— dos puentes —ahora, son tres—.

Con la intuición de dar respuesta a las necesidades de las familias, con múltiples carencias en todos los ámbitos, el párroco vio la necesidad



de crear una guardería. Confió este proyecto a las Hermanas y así nació el CEI Ntra. Sra. de Nazaret, hace justo ahora 50 años. En aquel momento, se concibió como herramienta para compensar desigualdades, ya que las mujeres, al hacerse cargo del cuidado de los hijos, tenían mayor dificultad para acceder al mercado laboral, lo que aumentaba aún más la dependencia de sus maridos.

Así, con la creación de la guardería, comienza la atención, cuidado y educación de la infancia del barrio, convirtiéndose en una plataforma privilegiada para entrar en la vida cotidiana y real de los vecinos, con sus ilusiones, sus dificultades, limitaciones y capacidades. Una vida compartida que ha dejado poso en la vida de unas y de otros.

Pero la cosa no queda aquí. La lucha colectiva en beneficio del barrio continúa hasta lograr —con muchas idas y venidas a la Delegación de Educación— la construcción de una escuela pública —en la que también trabajaron las Hermanas e incluso llegaron a dirigir— y un centro de salud.

Y pasan los años.

«Cambia el más fino brillante, de mano en mano su brillo, cambia el nido el pajarillo, cambia el sentir un amante» siguen cantando los versos del inicio de estas páginas.

Ha habido mucha ilusión y esfuerzos compartidos con la gente. Aquellas familias humildes que llegaron donde no había más que tierra, silencio y promesas por cumplir, levantaron el barrio y cambiaron su rostro con manos curtidas por el trabajo honrado y el deseo —clavado en su corazón— de ofrecer a sus hijos algo mejor de lo que ellos tuvieron. No podían de-

jarles riquezas, pero sí la mejor de las herencias posibles: la educación, la cultura del esfuerzo y la dignidad.



Se mejoraron las infraestructuras, se dignificó la zona, mejoró la calidad de vida de las personas... Durante muchos años, el barrio fue hogar, con calles vivas, comercios abiertos, vecinos que se conocían por el nombre y se cuidaban sin necesidad de pedirlo, las casas —siempre abiertas— fueron mucho más que paredes: fueron historia, sacrificio y orgullo —del bueno—.

El tiempo hizo su trabajo. Aquella infancia criada entre estas calles, creció, estudió y, fruto del esfuerzo colectivo de sus familias, alcanzó una estabilidad laboral y económica que le permitió buscar otros barrios que les brindaran mayor calidad de vida, más servicios, mejores infraestructuras. Y así se fueron marchando, para avanzar y mejorar.

Aquellas primeras gentes que llegaron con la esperanza de un futuro para ellos y sus hijos, hoy son los mayores del barrio. Permanecen aquí, en casas que guardan recuerdos y en calles que ya no son las mismas. El movimiento natural de sus hijos, sin pretenderlo, transformó el barrio... y lo fue dejando atrás.



Las casas comenzaron a vaciarse y el barrio fue perdiendo pulso, vida, oportunidades. Y en ese vacío, llegaron otras realidades: familias marcadas por la exclusión, la precariedad, las adicciones. Empieza a haber en el barrio, en un barrio que nace humilde, indicios de marginalidad.

Las comunidades religiosas permanecen, testigos de esta historia, empeñadas en acompañar, en seguir siendo levadura en la masa, en construir Reino ofreciendo cauces y nuevas oportunidades para la transformación.

Ante el deterioro de muchos hogares y la situación de vulnerabilidad de la infancia por el entorno en el que viven, en 1996 la Congregación abre el *Centro de día de menores María Ràfols*, con el objetivo de prevenir la exclusión social, tanto de los menores como de sus familias. Se abre así un nuevo espacio de cuidado y atención a la infancia, esta vez desde la educación no formal.

Al ser un barrio pequeño, esto favorece la coordinación con los colegios a los que asisten los menores, los Servicios Sociales de la zona y otras entidades que trabajan en el barrio. Especialmente, cuidamos con mimo el vínculo con la residencia de

ancianos que tenemos justo enfrente, de las Hermanas Franciscanas de los Sagrados Corazones, con quienes hacemos actividades conjuntas varias veces al año.

Los niños llegan a nuestra casa a mediodía, al salir del colegio y están con nosotras toda la tarde. Tenemos tiempo para todo: para comer —que comemos juntos—, jugar, hacer los deberes, realizar actividades, merendar, volver a jugar, irnos de excursión, salir a descubrir nuestra propia ciudad... y entre medio, sucede la vida, que es lo realmente importante, toca ser feliz.

Les ofrecemos espacio, tiempo, abrazos, ternura... lo que tenemos y lo que somos, con tal de proporcionar un ambiente amable, cálido y seguro. Un lugar donde los niños tengan la oportunidad de aprender a relacionarse de forma positiva y encontrar referentes adultos distintos que los acompañen y les guíen. Insistimos mucho en que este sea un espacio en el que los niños puedan ser eso: niños. Porque lo que respiran a su alrededor muchas veces les empuja a crecer demasiado rápido, a ver, saber, hacer y experimentar antes de tiempo.

Y no es fácil. Lo hacemos con la mayor delicadeza que sabemos, conjugando profesionalidad con la peculiaridad de nuestra vocación, empeñadas en poner a la persona en el centro, y con una mirada que nos gustaría que transmitiera la bondad y la misericordia de Dios. Acariciamos heridas y pobreza que van mucho más allá de lo económico. Y nos topamos también con nuestras prisas, con ese afán de ver frutos, teniendo que recordar una y otra vez que lo nuestro es... sembrar.

Y eso es precisamente lo que hacemos, sembrar, a través de nuestro

trabajo y nuestro estar. En todo lo que pensamos, proyectamos, programamos e integramos, buscamos ofrecer herramientas, tanto a los menores como a sus familias, para que puedan crecer de forma sana, con valores que potencien sus habilidades y capacidades y, de este modo, puedan convertirse ellos mismos en agentes de transformación de sus propias vidas.



En el día a día, nuestro trabajo con los niños se vive a través de actividades socioeducativas pensadas para acompañar su crecimiento y bienestar. Cada día les ofrecemos propuestas dentro de un eje de animación: dinámicas de grupo, manualidades, juego dirigido, talleres de habilidades sociales, resolución de conflictos, control de impulsos, gestión emocional, igualdad y diversidad... Además, cada niño recibe un seguimiento individualizado de nuestra psicóloga, que atiende sus necesidades de manera cercana y personalizada.


Pero, más allá de las actividades planificadas, lo que realmente importa sucede en los momentos cotidianos: mientras juegan, comen, conversan o simplemente comparten el tiempo con nosotras, se generan aprendizajes y experiencias que no se pueden medir en un programa.

Lo que importa de verdad es acompañar, estar presentes, ofrecer confianza, afecto y un espacio seguro donde puedan crecer como niños. Y verlos felices.

Para las familias, además de la cercanía cotidiana y el acompañamiento de nuestra psicóloga, ofrecemos una propuesta formativa mensual, a modo de «escuela de padres». Este espacio no solo les permite aprender y reflexionar sobre la educación de sus hijos, sino que también se convierte en un lugar de encuentro en el que poco a poco, se va tejiendo una red de apoyo. En los últimos años, esta iniciativa se ha enriquecido con la preciosa colaboración con el Proyecto *Al Alba* de las Oblatas del Santísimo Redentor, que nos cede a su trabajador social para acompañar y dinamizar estas sesiones, sumando cuidado y detalle.

Cada gesto, cada actividad y cada momento compartido nace de la intención de ofrecer no solo cuidado, sino también confianza, acompañamiento y la posibilidad de que cada niño y cada familia se sienta escuchada, valorada y sostenida. Porque lo que buscamos, día tras día, es que la semilla que plantamos crezca fuerte y genere frutos de vida, dignidad y esperanza para mañana.

«Pero no cambia mi amor, por más lejos que me encuentre, ni el recuerdo ni el dolor, de mi pueblo y de mi gente. Y lo que cambió ayer, tendrá que cambiar mañana» concluyen los versos de Julio Numhauser que cantaba Mercedes Sosa.

Caminamos en medio de la vulnerabilidad, siendo frágiles y vulnerables también nosotras. Esto ofrecemos, un humilde espacio de esperanza que solo pretende no perder el norte y, en Su Nombre, dignificar la vida. 



Contemplar con C de Cuaresma

Gloria Liliana Franco


ORDEN DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA (BOGOTÁ, COLOMBIA)

La espiritualidad cristiana tiene un carácter dinámico e histórico, que moviliza siempre a lo profundo y agudiza la mirada, para, en actitud contemplativa, percibir el accionar de divino, incluso en lo más complejo de la realidad. Nuestro Dios es el eterno Creador, no para de crear y cuenta con nosotros como cocreadores. Él se encarnó, aconteció en nuestra historia y desde entonces esa experiencia nos pone de cara a la exigencia de que la fe esté unida a la vida y se constituya en un estímulo para la acción. La espiritualidad cristiana nos conduce a un estilo de ser y de estar en el mundo. Se traduce en gestos, en opciones, en modos... El modo de Jesús. Ese modo que se bebe en el Evangelio, saboreando la Palabra, contemplando la Persona de Jesús y escudriñando en la historia, en la realidad y entre los pobres, sus rasgos.

La contemplación es un itinerario de apertura, que nos ubica en salida y nos dispone al compromiso. La capacidad contemplativa incluye todas las demás dimensiones de la vida. No es un apéndice, un compartimento que se reduce a espacios de oración, es una actitud que nos sitúa de manera nueva ante la vida y nos libera de la prisa, de la rigidez de la agenda, del activismo desenfrenado, de la superficialidad y la fragmentación a las que nos vamos acostumbrando.

La contemplación nos dispone al cambio. Por eso, con C de Cuaresma, contemplar requiere un desborde místico que nos conduce a peregrinar, al interior sin tregua, y al exterior sin excusa. Un desborde que nos moviliza, nos pone en camino. Nos sitúa allí donde el silencio hace posible que resuene la Palabra, donde la humildad nos permite reconocernos necesitados, donde la fragilidad nos hace recibirlo todo como gracia.

La contemplación no tiene su origen en la voluntad, la moviliza el afecto, por eso la capacidad contemplativa se desarrolla en la aplicación de sentidos. Esta Cuaresma en clave solidaria, estamos llamados a aplicar sentidos: mirar más allá, a lo profundo, escuchar lo sutil y definitivo, oler percibiendo lo que trasciende, palpar en todo y en todos, la gracia...

Que, con C de Cuaresma contemplativa, elogiemos la cotidianidad como lugar sagrado y escuchemos la realidad en la que Dios acontece y se manifiesta. Que, durante este itinerario cuaresmal, la contemplación nos conduzca a tomar decisiones, a cambiar de espacio geográfico o existencial. Nos disponga para lo nuevo. Y nos haga «salir» de lo propio, de lo que instala, nos disponga para el «más», que muchas veces es lo menos, lo último, lo difícil, el descampado, la cruz. 



La secularidad consagrada. Habitar la paradoja como lugar de Dios

Carolina Sánchez Sánchez-Miranda

HIJAS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA - PRESIDENTA DE CEDIS

Hay una forma de consagración que no huye del polvo de los caminos ni del rumor de las plazas. Una consagración que no se protege del mundo, sino que se deja atravesar por él. Una vocación que nace allí donde la historia sangra y, sin embargo, espera.

Desafío y promesa de los institutos seculares

La secularidad consagrada es ese lugar secreto donde Dios y el mundo

no se evitan, sino que se encuentran. No es un compromiso intermedio, ni una síntesis ingeniosa, ni una solución pastoral. Es una llamada. Y, como toda llamada verdadera, nace del silencio de Dios y conduce al corazón del mundo.

Encarnar fielmente las consecuencias de una consagración total a Dios vivida en el corazón de la vida ordinaria sigue siendo, para los institutos seculares, un desafío tan apasionante como exigente. No se trata

de una tensión accidental, sino del lugar mismo donde esta vocación se juega, se purifica y se fecunda.

Estamos ante una vocación fascinante suscitada por el Espíritu Santo —artífice de la gran variedad de carismas y formas de vida consagrada— en un tiempo de profundas convulsiones históricas. Nace en el seno de una Europa herida, sacudida por los violentos cambios desencadenados a partir de la Revolución francesa, cuando las seguridades ancestrales se derrumbaban y la Iglesia parecía quedar arrinconada y expuesta a la intemperie de la historia.

«Pienso —decía san Juan Pablo II— en primer lugar, en los institutos seculares, cuyos miembros quieren vivir la consagración a Dios en el mundo mediante la síntesis, propia de ellos, de secularidad y consagración, tratan de introducir en la sociedad las energías nuevas del Reino de Cristo, buscando transfigurar el

mundo desde dentro con la fuerza de las Bienaventuranzas»¹.

Ese anhelo de síntesis es el alma de cada instituto secular, es lo propio y específico de este don de vocación. Secularidad y consagración entrelazadas para dar lugar a una forma inédita de presencia evangélica y eclesial en la historia. Secularidad y consagración no se alternan. No se equilibran. No se compensan. Se habitan juntas, como se habita una herida abierta por la luz.

Hoy —se insiste— se pide a los institutos seculares una síntesis siempre renovada, con la mirada fija en Cristo y los pies hundidos en la tierra de la vida cotidiana. Hacer síntesis no significa separar ni superponer, sino componer, integrar vitalmente. No se es primero laico y luego consagrado, ni primero consagrado y luego laico². Ambos a la vez, en un único acto de entrega. De aquí brota la exigencia de un discernimiento continuo, capaz de



custodiar el equilibrio interior, de una escucha vigilante, de una atención interior, que permita reconocer a Dios en lo ambiguo, en lo provisorio, en lo no resuelto, que obre el milagro de encontrar a Dios en todas las cosas. Aquí no hay fórmulas seguras. Solo hay fidelidad cotidiana.

Permanecer

Durante mucho tiempo, entre la Iglesia y el mundo nacido de la Ilustración se abrió un abismo de desconfianza mutua. La Iglesia jerárquica, en legítima actitud defensiva, respondió con condenas al liberalismo imperante, cuyo exponente más emblemático fue el *Syllabus* de Pío IX. El Concilio Vaticano I se celebró en ese clima de confrontación y repliegue.

El Espíritu Santo suscitó esta vocación cuando la Iglesia parecía despojada de sus seguridades, cuando las viejas formas se resquebrajaban y la historia avanzaba con pasos violentos. En medio del derrumbe, el Espíritu no dijo: *salid*, sino *permaneced*.

Permaneced en las casas, en los talleres, en las escuelas, en las fábricas, en los parlamentos. Permaneced en el lenguaje de los hombres, en sus preguntas, en sus heridas. Permaneced donde la vida se decide.

Permanecer en las estructuras de la historia se vuelve, entonces, una exigencia teológica. El mundo no es el lugar del que hay que escapar, es el lugar donde Dios ha decidido habitar.

La misión que consagra

Así nacieron los institutos seculares: no como estrategia, sino como obediencia, no como innovación voluntarista, sino como docilidad a un soplo del Espíritu que pedía una consagración sin huida, una entrega sin separación.

Resulta fascinante la novedad inaudita que representaron los institutos seculares en un contexto de aparente destrucción. Mientras se perdían referencias históricas y se suprimían o perseguían órdenes y congregaciones, el Espíritu hacía germinar, casi en silencio, asociaciones y movimientos cuyos miembros aspiraban a una vida de perfección sin abandonar su lugar en el mundo.

En realidad, sucede algo completamente original en la historia de la vida consagrada de la Iglesia. Algo que solo podía venir del Espíritu Santo: en el corazón de una sociedad tan distinta, la misión evangelizadora se alzaba con tal exigencia y hondura que surgirá la apremiante necesidad de consagrar la existencia toda a tal tarea.



El mundo es el lugar donde Dios ha decidido habitar

En este caso, la misión engendra la urgencia de la consagración. Laicos y laicas, asociados, comprometidos hasta los tuétanos con el mundo, se ven tan absorbidos y atrapados por la misión que entienden que Dios les pide la plena entrega de la vida. La inmensidad de la misión exigió, pidió la radicalidad de la consagración. Aquí no tenemos el movimiento de la *fuga mundi* de los primeros siglos de la Iglesia. Aquí, permanecer en las estructuras del mundo para llevar la luz del Evangelio era una necesidad imperiosa que requería la donación hasta el extremo de la vida.



Un gesto eclesial de coraje

El 2 de febrero de 1947 Pío XII da carta de ciudadanía a esta nueva forma de vida consagrada con la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*. Un año más tarde, con la publicación del Motu Proprio *Primo Feliciter*, se ratifica, en medio de no pocas incomprensiones y actitudes bastante escépticas, el carácter propio y peculiar de los institutos seculares: el secular, en el cual consiste toda la razón de su existencia... La misión propia estaba llamada a abrazar toda la vida de estos laicos consagrados. Misión «que debe ejercerse fielmente, no solo en el siglo, sino como desde el siglo; y por lo mismo, en profesiones, ejercicios, formas y lugares correspondientes a estas circunstancias y condiciones»³.

El papa Francisco en uno de sus discursos dirigidos a los institutos seculares subrayaba cómo la aprobación de esta nueva forma de vida fue «un gesto realmente revolucionario en la Iglesia. Los institutos

seculares son verdaderamente un gesto de coraje» dando estructura e institucionalizando esta nueva forma de consagración en el mundo y desde el mundo. «Vuestra vocación —decía— es fascinante porque es una vocación justo ahí, donde se juega la salvación no sólo de las personas, sino también de las Instituciones... allí donde se juega todo: la política, la economía, la educación, la familia... ¡allí!»⁴.

Fenómeno característico y consolador

La consagración que profesan los miembros de los institutos seculares no modifica su condición canónica laical o clerical (cf. CIC c. 711). Viven en las condiciones ordinarias del mundo, solos, en la propia familia, o bien en grupos de vida fraterna (cf. CIC c. 714) para impregnar todas las cosas de espíritu evangélico (cf. CIC c. 713) a manera de levadura. Los miembros de los institutos seculares no llevan signos visibles. No reclaman un lugar propio. No ocupan el centro. Son levadura escondida y eficaz. Sal disuelta. Presencia casi imperceptible que transforma desde dentro.

San Pablo VI vio en ellos un fenómeno característico y consolador de la Iglesia contemporánea⁵, en profunda sintonía con una de las grandes intuiciones del Concilio Vaticano II: la presencia de la Iglesia en el mundo. La Iglesia camina con la humanidad, comparte su suerte histórica y está llamada a ser fermento y alma de la sociedad⁶. Su dimensión secular hunde sus raíces en el misterio del Verbo encarnado.

Estas palabras de san Pablo VI pronunciadas hace más de cincuenta años siguen teniendo una actualidad sorprendente: «Esto es tanto más

necesario hoy, cuando la humanidad se encuentra en una encrucijada de su historia. Está surgiendo un mundo nuevo; los hombres andan a la búsqueda de nuevas formas de pensamiento y de acción que determinarán su vida en los siglos venideros. En un momento como éste, los institutos seculares, en virtud del propio carisma de secularidad consagrada (cf. PC 11), aparecen como instrumentos providenciales para encarnar este espíritu y transmitirlo a la Iglesia entera. Deben ser hoy testigos especiales, típicos de la postura y de la misión de la Iglesia en el mundo. Se les confía la misión de ser modelo de arrojo incansable en las nuevas relaciones que la Iglesia trata de encarnar con el mundo y al servicio del mismo»⁷.

Misteriosa confluencia

Los miembros de los institutos seculares se hallan en una misteriosa confluencia entre dos poderosas corrientes de la vida cristiana, recogiendo las riquezas de una y de otra. Son laicos, consagrados como tales por los sacramentos del bautismo y de la confirmación, pero han escogido acentuar su consagración a Dios con la profesión de los consejos evangélicos aceptados como obligaciones con un vínculo estable y reconocido. Permanecen laicos, empeñados en el área de los valores seculares propios y peculiares del laicado (LG 31), pero la suya es una secularidad consagrada, son consagrados seculares⁸. Ninguno de estos dos aspectos puede ser supervalorado a costa del otro. Ambos son coesenciales.



Secularidad indica su inserción en el mundo. Significa no sólo una posición, una función que coincide con vivir en el mundo ejerciendo un oficio, una profesión secular. Debe significar, ante todo, una toma de conciencia de estar en el mundo como lugar propio de su responsabilidad cristiana. Estar en el mundo, comprometidos con los valores seculares, es su modo de ser Iglesia y de hacerla presente. Esa condición existencial y sociológica es, ante todo, una realidad teológica y el camino para realizar y atestiguar la salvación. De esta manera, nos decía san Pablo VI: «Sois un ala avanzada de la Iglesia en el mundo; expresáis la voluntad de la Iglesia de estar en el mundo para plasmarlo y santificarlo como desde el interior, a guisa de fermento (LG 31)»⁹.

Consagración indica la íntima y secreta estructura de nuestro ser y obrar. Una riqueza profunda y escondida que las personas, entre las cuales se vive, desconocen, aunque sean capaces de intuir algo que no saben explicar. La consagración bautismal queda radicalizada por una exigencia de amor suscitada por el Espíritu Santo y esa consagración es de tal índole que empuja a una opción fundamental por una vida según las bienaventuranzas evangélicas. De modo que estamos realmente consagrados y realmente insertos en la dinámica propia de nuestro mundo. La consagración no nos aparta del mundo: nos sumerge más hondamente en él.

«La vuestra —afirmaba san Pablo VI— es una forma de consagración nueva y original, sugerida por el Espíritu Santo para ser vivida en medio de las realidades temporales y para inocular la fuerza de los consejos evangélicos en medio de los valores

humanos y temporales... Así vuestra actividad en el mundo recibe de la vida consagrada una orientación más relevante hacia Dios, quedando también la misma actividad como arrollada y transportada dentro de vuestra misma consagración»¹⁰.

San Juan Pablo II¹¹ nos decía con fuerza singular: «¡sois laicos y os mantenéis laicos!» Hasta el punto de que la consagración refuerza esa condición laical, de manera que «vuestro estado secular esté consagrado y sea más exigente, y que el compromiso en el mundo y por el mundo, implicado en este estado secular, sea permanente y fiel». La Voluntad de Dios nos ha colocado en el mundo y para el mundo. De tal manera que la consagración es el elemento de discernimiento del estado secular, conscientes de su ambigüedad.



¡Sois laicos y os mantenéis laicos!

Benedicto XVI se expresaba de este modo tan lúcido: «Personas autorizadas han considerado muchas veces que precisamente este discernimiento es vuestro carisma, para que podáis ser laboratorio de diálogo con el mundo, el laboratorio experimental en el que la Iglesia verifique las modalidades concretas de sus relaciones con el mundo. De aquí deriva precisamente la continua actualidad de vuestro carisma, porque este discernimiento no debe realizarse desde fuera de la realidad, sino desde dentro, mediante una plena implicación. Eso se lleva a cabo por



medio de las relaciones ordinarias que podéis entablar en el ámbito familiar y social, así como en la actividad profesional, en el entramado de las comunidades civil y eclesial»¹².

Fundamento cristológico

El fundamento último de la consagración secular no es funcional ni sociológico. Es cristológico. En efecto, lo que hace que nuestra inserción en las vicisitudes humanas constituya un lugar teológico es el misterio de la encarnación: «Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único» (Jn 3, 16). La obra de la salvación no se llevó a cabo en contraposición con la historia de los hombres, sino dentro y a través de ella. El mismo

acto redentor se realizó en el contexto del tiempo y de la historia, y se caracterizó como obediencia al plan de Dios inscrito en la obra salida de sus manos.

La vida ordinaria —el trabajo, la política, la cultura, la economía, la familia— quedó para siempre marcada como lugar teológico. Allí se juega la salvación. Allí se escucha el clamor de Dios. Por eso, quien vive la secularidad consagrada se deja implicar en toda injusticia y en toda búsqueda, no porque tenga todas las respuestas, sino porque Dios está allí esperando ser reconocido.

«Por consiguiente —continuaba Benedicto XVI— sentíos implicados en todo dolor, en toda injusticia, así

como en toda búsqueda de la verdad, de la belleza y de la bondad, no porque tengáis la solución de todos los problemas, sino porque toda circunstancia en la que el hombre vive y muere constituye para vosotros una ocasión de testimoniar la obra salvífica de Dios. Esta es vuestra misión. El carácter secular de vuestra consagración, por un lado, pone de relieve los medios con los que os esforzáis por realizarla, es decir, los medios propios de todo hombre y mujer que viven en condiciones ordinarias en el mundo; y, por otro, la forma de su desarrollo, es decir, la de una relación profunda con los signos de los tiempos que estáis llamados a discernir, personal y comunitariamente, a la luz del Evangelio»¹³.

Los institutos seculares nacieron en un contexto de inmenso sufrimiento. El mundo sigue profundamente herido. De ahí que hiciera y siga haciendo falta permanecer en el corazón del mundo con un exceso de amor, con la fuerza de la desproporción, con la desmesura de la gratuidad, con la falta de lógica de la debilidad, pero también con su potencia.

La paradoja permanece

La síntesis secularidad consagrada fue y continúa siendo una hermosa y desafiante paradoja. En esa tensión paradójica vivimos nuestra consagración al tiempo que transitamos los senderos de la historia. Así la describía Hans Von Balthasar, con cuyas palabras pongo punto final a esta breve y, por ende, incompleta incursión en la identidad de los institutos seculares.

«El reconocimiento eclesial que ha dado lugar a la unión entre la vida en medio del mundo y los consejos evangélicos puede, a lo sumo, aprobar la paradoja, pero nunca eliminarla. Una vida como la de los institutos seculares encontrará reparos, desprecios y casi siempre una completa incompreensión... Los institutos seculares se colocan hoy conscientemente en el punto exacto donde se encuentran ambas exigencias, donde la costura debe ser cosida siempre de nuevo... Los institutos seculares han reconocido la necesidad de vivir la paradoja cristiana como su misión propia mucho tiempo antes de que surja la nerviosa tendencia postcon-




ciliar hacia el mundo. Estas nuevas comunidades no necesitan ir hasta el mundo (*saeculum*), pues ya están en él. Y siendo institutos seculares no traicionan de ningún modo la elección especial por los consejos evangélicos, pues en esta elección está desde siempre la única y total razón de su existencia. Esta significa el seguimiento de Jesucristo en medio de este mundo...



Ser completamente de Dios y completamente para el mundo

Visto desde fuera, el ideal de los institutos seculares aparece abstracto (es decir, imposible de vivir de modo concreto, una transigencia). Criticarlos es fácil, a todo nivel... La existencia de estas comunidades es y permanece difícil... Por tanto, quien imagine encontrar en estas comunidades un camino más fácil (por ejemplo, que el camino del Carmelo), quizá uno más moderno, o si imagina que aquí pudiera matar dos pájaros de un tiro, él se engaña fundamentalmente y no debería siquiera intentar caminarlo. Para el constante empeño interior que aquí se exige, si es que la sal de la tierra no debe volverse insípida, se necesita al menos tanta generosidad, tanta renuncia (que no calcula ni cuenta), tanta disponibilidad y disposición interior como para vivir en cualquier orden activa o contemplativa... Caminando por el filo de navaja entre el Reino de Dios y el reino de este mundo, ellos sólo se mantienen vivos en un cotidiano velar y orar, en un permanente discernimiento espi-

ritual. Tomando muy seriamente el seguimiento de Cristo, aspiran a la cercanía más grande posible a los hombres y, por medio de ellos, a las cosas de este mundo que han de ser ordenadas en el sentido de Cristo. Quien busque un puesto seguro, debe dirigirse a otro lugar.

La paradoja permanece: ser completamente de Dios y completamente para el mundo. Y esto puede ser vivido porque el entero Dios se ha empeñado por el mundo entero y porque el lugar donde Él realiza siempre de nuevo este compromiso es la Iglesia de Cristo: el sacramento del mundo»¹⁴. 

- 1 S. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Vita Consecrata*, 10.
- 2 Cf. PAPA FRANCISCO, *A los Institutos Seculares*. 2016.
- 3 Cf. Pío XII, Motu Proprio *Primo Feliciter*, 5 y 6. Roma, 12 de marzo de 1948.
- 4 PAPA FRANCISCO, *A los Institutos Seculares*. Roma, 10 de mayo de 2014.
- 5 Cf. S. PABLO VI, Mensaje a los *Institutos Seculares*. 1970.
- 6 Cf. GS 40.
- 7 Cf. S. PABLO VI, *En el XXV aniversario de la Provida Mater Ecclesia*, 9-11. Roma, 2-II-1972.
- 8 Cf. S. PABLO VI, *A los responsables generales de los Institutos Seculares*. 20-IX-1972.
- 9 *Ibíd.* 12.
- 10 *Ibíd.* 17.
- 11 Cf. S. JUAN PABLO II, *Cambiar el mundo desde dentro. Secularidad y consagración*. Roma 1980.
- 12 BENEDICTO XVI, Con motivo del 60 aniversario de la *Provida Mater Ecclesia*. 3 de febrero de 2007.
- 13 *Ibíd.*
- 14 HANS URS VON BALTHASAR, *Institutos Seculares: una paradoja*. Freiburg. 1972, 2-5.



Una cosa te falta

Dolores Aleixandre

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

Qué majo chico, qué gusto verle venir hacia Jesús tan ágil, tan deportista, tan sano, tan educado, tan *hakuna*, tan alegre. Bueno, alegre no del todo, por culpa de esa insatisfacción fastidiosa que le gustaría superar, a ver si ese Maestro de tanta fama le ayuda a quitársela de encima.


Se dirige a él desde sus propias claves: qué *debo hacer*, cómo *heredar*, por qué si me paso la vida *cumpliendo lo mandado*, no estoy contento del todo. Antes de contestarle, Jesús se toma tiempo para abrazarle con la mirada, para hacerle sentirse aceptado y querido. Solo después, y en lugar de decirle por qué le ha caído tan bien, le sorprende con algo inquietante: *te falta una cosa*. Lo que me gusta de ti no es tu integridad, ni tu rectitud, ni tu condición de intachable, sino algo que se esconde debajo de tu apariencia: y es *eso que te falta* lo que hace que te haya tomado tanto cariño.

No es un reproche, es más bien una felicitación: menos mal que eres como eres, así de incompleto y de averiado, qué suerte la tuya por estar sintiendo esa brecha y ese vacío, por darte cuenta de que «algo no va bien» y por preguntarte: «¿Era esto lo que buscaba?». Da la bienvenida a esa insatisfacción porque solo ella

te empujará a moverte, a desear, a salir, a seguir inquieto.

No intentes *reparar* esa brecha, ni *colmar* esas carencias: se trata de *soltar* todo eso que te prometía una existencia sin sobresaltos: «Vivir en regla», «hacer lo de todos», «cumplir»... Si sales de ahí, ya no entenderás lo de «hasta aquí», «un poco», «suficiente», «ya es bastante»: esas medidas se vuelven inútiles ante la relación sin orillas que te ofrezco y que puede encender tu vida y desbordarla.

La escena no acaba bien porque el chico echa cálculos: por un lado, el riesgo de seguir a un desconocido que no tiene donde reclinar la cabeza: por otro, la seguridad de «lo de siempre y sin pasarme». Elige lo más sensato y se vuelve abrazado a su tristeza.

Ojalá se le presentara, lo mismo que a nosotros ahora, una Cuaresma que le invitara a darse la vuelta, correr sin aliento hacia el Maestro y decirle: «He sido un estúpido, perdóname. Gracias por esperarme. Voy contigo a donde sea». 

RETIRO

VIDA RELIGIOSA

VR MARZO 2026

3

*Sembradores que salen a sembrar.
La misión de la vida consagrada*

Manuel Ogalla
MISIONEROS CLARETIANOS



Una lectura nueva de una parábola archiconocida

A la luz de la parábola que en esta ocasión meditaremos, se han compuesto numerosas canciones y se han escrito abundantes libros. Infinitas homilías e incontables catequesis han surgido para profundizar su mensaje. Juegos en la parroquia, dinámicas pastorales y convivencias de colegios se han articulado alrededor de estos versos que conforman una de las parábolas más conocidas del Maestro de Nazaret. Nos estamos refiriendo a la parábola del sembrador (Mt 13,1-9; Mc 4,1-9; Lc 8,4-8).

Antes de adentrarnos en la reflexión, te propongo un sencillo ejercicio de contemplación musical. Te invito a que escuches dos canciones: La primera se titula Crecerá, compuesta por Verónica Sanfilippo el año 2022; la segunda es Tierra, lanzada por Cristobal Fones, SJ el año 2024. Déjate llevar por la melodía y acaricia cada palabra de la letra. Sin duda, esta escucha meditativa te ayudará a prepararte para este día de retiro.

La relevancia y envergadura teológica de esta parábola son tales que autores de la altura exegética como Xavier Léon-Dufour llegan a afirmar que el contenido de la misma puede ser considerado «un compendio del mensaje de Cristo: más aún, ¿no podría tratarse de un acto con el que Jesús inaugura la situación nueva y definitiva?»¹. Siguiendo la misma línea argumentativa, aunque consciente de las limitaciones y riesgos de exageración, nuestra intención es contemplar esta parábola como una singular síntesis de la misión de la vida consagrada. Asimismo, esta

parábola puede ofrecernos un breve compendio de los retos y dificultades que pueden poner en solfa nuestra fidelidad como consagradas y consagrados de este siglo XXI.

La propuesta para este día de retiro es fijar la mirada en la composición que nos ofrece el evangelista Mateo con ojos nuevos y abiertos a la sorpresa. Evitar la inercia aburrida de leer por enésima vez un texto que nos sabemos de memoria o sucumbir en la monotonía de recitar con desgana unos versículos manidos por el uso, aunque estancados por el desuso y, desafortunadamente, descoloridos por el abuso. Para llevar a buen puerto esta tarea contemplativa y orante, os propongo que nos dejemos iluminar por la parábola desde dos perspectivas complementarias, dos enfoques distintos a los que llamaremos pasivo y activo.

El enfoque pasivo o los peligros de la vida consagrada

La primera perspectiva que va a guiar este día de retiro dedicado a la parábola del sembrador es tal vez la más generalizada y normalizada a la hora de explicar y orar con este texto mateano. El protagonista de la historia es claramente el Sembrador cuyo rol, bajo este enfoque pasivo, puede ser perfectamente atribuible a Dios Padre quien, por la mediación de Jesucristo y la misteriosa acción del Espíritu Santo, disemina su Palabra de vida. En este caso —como Jesús mismo explicará más adelante (Mt 13, 18-23)—, nosotros somos los oyentes de la Palabra² y, dependiendo de nuestra actitud de escucha y la docilidad con la que abrazamos el mensaje revelado, el Maestro de Nazaret nos compara con diferentes tipos de terreno. Así, la parábola, con asombrosa elocuencia y brillante lenguaje

metafórico, describe cuatro posibles situaciones en las que la semilla/palabra puede caer: Al borde del camino (v. 4), en los pedregales (v. 5-6), entre espinos (v. 7) o en tierra fértil (v. 8).

Sin embargo, como consagradas y consagrados podemos afinar un poco más ya que esta interpretación pasiva nos puede ayudar a aterrizar en nuestra realidad consagrada. Si miramos con atención la descripción alegórica que nos ofrece la parábola, vislumbraremos que el texto analiza simbólicamente la difícil situación actual de muchos hermanos y hermanas, a lo largo y ancho de nuestra geografía. Cuando la parábola describe los diferentes tipos de terrenos que dificultan y obstaculizan que la semilla germine y crezca, en el fondo podemos identificar los peligros y vicios más acuciantes a los que se enfrenta la vida consagrada en los tiempos actuales.

Paremos aquí nuestra lectura y hagamos un pequeño ejercicio de sociología de la vida consagrada. Con sincera autocrítica y valiente realismo, intenta vislumbrar cuáles son los mayores riesgos o peligros que amenazan la fidelidad e integridad de nuestro ser consagrado. ¿En qué medida está tu comunidad también afectada por estas dinámicas viciadas?

El borde del camino. La falta de resiliencia

Como ocurriera con las primeras semillas de la parábola, con qué facilidad las aves que revolotean alrededor pueden arrebatarnos nuestra fidelidad. El primer gran peligro al que la vida consagrada tiene que aprender a enfrentarse es la falta de resiliencia. Es decir, la escasa capaci-

dad para superar los retos de la vida y la tendencia a tirar la toalla ante la primera dificultad que se presenta. Cuando estaba en el seminario, había un anciano hermano claretiano que solía llamarnos a los jóvenes misioneros «la generación entre algodones». Con preocupación fraterna, aunque



La falta de resiliencia puede desembocar en una crisis de fidelidad

con un sentido del humor un tanto irónico, aquel hermano nos alentaba a dejar de lado nuestros andamiajes y muletas infantiles para afrontar la vida con audacia evangélica y parrésia. Desgraciadamente, muchos consagrados viven en un estado de infantilismo constante, volviéndose personas demasiado débiles y pusilánimes. Consagradas que pretenden vivir un romántico sueño de una noche de verano en un idealista y supuesto país de las maravillas. En nuestra vida cotidiana, los desafíos son inevitables; en nuestra sociedad, las dificultades están siempre presentes; en la vocación religiosa, las crisis forman parte del camino... Sin embargo, en este presente volátil y efímero, las personas consagradas corremos el riesgo de asimilarnos a ese borde del camino sin instrumentos existenciales ni recursos psicológicos que nos ayuden a afrontar la dureza de la vida; o, con otras palabras, sin las herramientas necesarias para ahuyentar a los pájaros que se comen las semillas a la primera de cambio. Esta falta de resiliencia provoca no

pocas veces, desánimo y desencanto, cansancio y desilusión, llegando incluso al riesgo de estancarnos, derribarnos o abandonar el proyecto que Dios nos ha regalado. La falta de resiliencia puede desembocar en una grave crisis de fidelidad, poniendo en solfa la propia vocación y siendo el resultado no otro que iser devorado por los pájaros!



El pedregal. La falta de profundidad

El segundo vicio que afecta a la salud de la vida consagrada es la falta de profundidad. La parábola habla de terreno pedregoso, un suelo duro y difícil de cavar, una superficie seca e impenetrable... en fin, una tierra poco profunda. Este terreno pedregoso es, por tanto, una poderosa metáfora del virus de la superficialidad. Es doloroso constatar cómo un número cada vez mayor de consagradas se dejan llevar por la corriente del pensamiento acrítico, el análisis superfi-

cial de la realidad y la comprensión simplista de la vida y la fe. Consagrados que no son capaces (o no quieren) desentrañar la complejidad de las relaciones sociales, la profundidad de los sentimientos humanos, o incluso la riqueza de las experiencias espirituales. Esta falta de profundidad está condenando a muchas personas consagradas a vivir ancladas en lo que podríamos llamar el «efecto iceberg». La ingenuidad es pensar que solo la parte que nuestros ojos pueden ver es la totalidad de la realidad, olvidando los innumerables detalles y la riqueza insondable que se esconden debajo. Esta es la situación de tantos hermanos y hermanas heridos por la enfermedad de la superficialidad. La percepción simplista de la realidad y la frágil comprensión de las circunstancias que les rodean hacen que todo discernimiento y todo proceso de toma de decisiones sea pobre e insustancial, vaciando la vida comunitaria y la misión de contenido y densidad. Pero lo que es más controvertido y problemático es descubrir que incluso la relación con Dios, la comprensión de los consejos evangélicos o la naturaleza misma de la consagración religiosa sucumben ante la superficialidad. Los dinamismos propios de la vida consagrada se apoyan en fundamentos tan triviales que provocan una especie de supervivencia vocacional completamente desprovista de raíces y pilares. Sin duda, este estilo de vida superficial, acrítico, insustancial... en síntesis, sin raíces, está condenado a marchitarse y secarse.

Los espinos. La falta de atención

Finalmente, siguiendo la descripción simbólica de esta interesante parábola, el tercer desafío al que debe enfrentarse la vida consagrada en

la actualidad es la falta de atención. Quizás hoy más que nunca corremos el riesgo de vagar entre espinas que ahogan nuestra identidad consagrada, nuestra genuina libertad evangélica y nuestra trascendente vocación religiosa. Hoy en día, nuestro mundo está experimentando un aluvión casi incontrolable de mensajes (información y desinformación) que llegan constantemente y casi a la vez; un huracán de noticias breves y anuncios tan llamativos como influyentes. Vivimos sumergidos en una cultura de parcialidad e inmediatez, brevedad y rapidez, virtualidad y red. Lógicamente, los consagrados y las consagradas de este siglo XXI no podemos huir de ello ni pretender encerrarnos en una burbuja separada de las condiciones ambientales. Aunque no pertenecemos al mundo, estamos insertos en él (Jn 17,15-16). Sin embargo, el desafío surge cuando las distracciones que nos rodean se convierten en dueñas de nuestra vida, cuando nos rendimos ante la avalancha de atractivos reclamos de atención, o cuando las redes sociales controlan nuestro estado emocional, nuestro horario personal y nuestra jerarquía de valores. De hecho, corremos el riesgo de sobrevivir entre espinas poderosas que pueden ahogarnos completamente hasta el punto de morir asfixiados. Este tercer desafío que nos plantea la parábola describe una vida consagrada que sufre un dramático debilitamiento del sentido de pertenencia, así como una acuciante anemia vocacional. Los consagrados y consagradas ahogados por las espinas virtuales adolecen de un compromiso inconsistente, una psicología dependiente e incluso una sutil adicción. Hay hermanos que han desarrollado una grave esclavitud a las pantallas; her-

manas con un apego excesivo a los dispositivos que nos conectan con algún otro en algún otro lugar, pero que nos secuestran del mundo y la persona que tenemos delante. Estas son quizás las espinas de nuestra era.

El enfoque pasivo invita a la autoevaluación. A mirar con sinceridad nuestra propia vida y sus dinámicas. A preguntarse una vez más qué tipo de tierra somos o en qué medida estamos afectados por estos riesgos que hemos descrito. Sin embargo, hoy os invito como comunidad a tener un momento de conversación en el Espíritu. Os invito a compartir con libertad y confianza pistas y herramientas que nos puedan ayudar a prevenir los vicios apuntados en la parábola.

El enfoque activo o la misión de la vida consagrada

El enfoque pasivo que nos ha guiado durante la primera parte de nuestro retiro se complementa y enriquece con una segunda perspectiva, a la que hemos llamado enfoque activo. Si el enfoque pasivo centraba su atención en la descripción de los diversos tipos de terreno que reciben la semilla arrojada por el sembrador, entendiendo a los creyentes como oyentes de la Palabra que Dios quiere sembrar en nuestra vida; ahora el enfoque activo va a detenerse a contemplar la figura del sembrador, su protagonismo en la parábola, su función y tarea diseminando diligentemente las semillas sin sentirse frustrado o condicionado por las condiciones particulares del terreno que pisan sus pies.

Iluminados por este enfoque activo, la vida consagrada puede descubrir

en esta parábola un acicate valiente y profético para ratificar su misión en la Iglesia y para el mundo. Por tanto, en esta segunda perspectiva, los consagrados y consagradas no nos compararemos con los diferentes terrenos que reciben la semilla sino con el sembrador que las siembra. De esta manera, nuestra atención va a fijarse en el pistoletazo de salida de esta parábola, es decir, en la primera afirmación del relato, las primeras palabras que usa Jesús como obertura de la composición: «El sembrador salió a sembrar» (Mt 13,3b). La lectura activa de esta parábola nos recuerda nuestra naturaleza apostólica, evangelizadora y misionera. La vida consagrada —especialmente la vida religiosa apostólica—, hoy al igual que ayer, está llamada a recrear las actitudes del protagonista de la parábola; tiene la vocación intrínseca de ser como el sembrador que sale a sembrar.

Como metodología, intentaremos analizar la densidad semántica y espiritual que se condensa en cada una de las palabras del primer versículo de la parábola, así descifraremos la riqueza de esta afirmación en tres pasos consecutivos y complementarios.



El sembrador.

Una analogía identitaria

La primera palabra clave es «sembrador». Un sustantivo aparentemente inocuo y sin mayores pretensiones de grandeza. No estamos hablando de un concepto teológico fruto de elucubraciones de alto nivel ni una categoría filosófica deducida de un silogismo complicado y abstracto. Por el contrario, frente a nosotros tenemos un nombre común extraído del argot cotidiano de la gente sencilla del campo. Sin embargo, esta palabra se va a convertir en una analogía que sintetiza la identidad misionera del seguidor de Jesucristo.

En el Evangelio según san Mateo, encontramos diferentes imágenes que explícitamente describen la identidad de los discípulos: Pescadores de hombres (Mt 4,19), apóstoles (Mt 10,2), ovejas entre lobos (Mt 10,16), enviados o embajadores (Mt 28,19)... A lo largo de la historia de la Iglesia, los exegetas nos han ayudado a descubrir la profundidad teológica y las implicaciones espirituales y pastorales de estas categorías simbólicas. Cada uno de estos nombres subrayan ciertas características que conforman el discipulado, resaltando un elemento esencial del seguimiento del Señor. Sin embargo, este Evangelio contiene igualmente otras referencias y sutiles apelativos que, de forma indirecta o implícita, también nos ofrecen pistas para entender el estilo de vida y misión de aquellos seducidos por el Maestro.

Este es el caso del sustantivo sembrador. Si bien desde un enfoque pasivo el rol de sembrador es comúnmente atribuido a Dios Padre que quiere sembrar las semillas de su Palabra, desde este enfoque activo, el sembrador es también la designación de los discípulos que participan

en la misión del Padre. Los discípulos son llamados a ser sembradores porque su misión es plantar las semillas de la Palabra de Dios dondequiera que vayan. Esta categoría es por tanto un resumen simbólico de la identidad de los discípulos. Ser sembrador es la síntesis que hace Mateo de todo su capítulo 10 dedicado al dinamismo misionero. Ser sembrador, para la mentalidad de Mateo y la teología de su Evangelio, se sitúa en paralelo del ser apóstol, es decir, una persona enviada a anunciar la Buena Noticia, o lo que es lo mismo, sembrar las semillas de la Palabra de Dios esperando que den fruto al tiempo oportuno.

Salir.

Superando nuestras comodidades

En segundo lugar, nos encontramos con el verbo «salió». Mateo podría haber utilizado cualquier otro verbo. Podría haber dicho simplemente «había un sembrador que sembraba» o tal vez «un sembrador comenzó a sembrar». Sin embargo, al evangelista le interesa introducir este matiz concreto al decir que el sembrador *salió* a sembrar. El verbo griego que el evangelista elige (*exerchomai*) tiene una fuerza especial, sobre todo si prestamos atención al prefijo *ex-*, que significa «fuera». Mateo subraya la necesidad esencial de estar fuera para sembrar. No podemos ser auténticos sembradores si nos quedamos tranquilamente en casa, encerrados entre cuatro paredes, atrincherados y temerosos de enfrentarnos al mundo exterior³. Para Mateo, no hay duda, el sembrador necesita salir para cumplir su tarea. El sembrador, el evangelizador, el misionero tiene que romper las ataduras que acomodan y adormecen; tiene que superar el apego a sus propias seguridades. Como misioneros y misioneras necesitamos

abandonar nuestras zonas de confort. El auténtico misionero siente un fuego ardiente en su interior que le empuja hacia fuera. Este es el dinamismo fundamental que configura nuestra identidad apostólica... Como consagrados y consagradas nos sabemos en salida. Tal y como nos alentaba constantemente el papa Francisco, estamos impelidos a salir a las periferias. Esto es, salir al encuentro de la gente, salir a mezclarse con los vecinos, salir a compartir la realidad de quienes viven a nuestro alrededor, salir a los cruces de caminos, a los areópagos de la actualidad... En resumen, no quedarse en casa sino salir y sembrar fuera.



Sembrar. Estar a lo que hay que estar

La tercera y última palabra que configura el versículo que estamos contemplando es «sembrar». En sentido estricto, especificar que el sembrador *salió* a sembrar cabría parecer una duplicación innecesaria. Apparentemente, esta reiteración puede entenderse como algo superfluo y carente de función aclaratoria alguna, ya que no añade nada nuevo a la afirmación. Los expertos quizás dirán que esta expresión es un ejemplo claro de pleonismo. Ciertamente y de manera simplista, podemos pensar que es un detalle trivial introducido sin razón. Es como decir que el

fuego quema, el agua moja y la nieve enfría... Obviamente, así el sembrador no siembra... no es un sembrador!

Sin embargo, precisamente esta es la intención del evangelista: subrayar la naturaleza de una misión tan importante para que ésta no se confunda, se manipule o se pervierta. El sembrador debe sembrar y sólo sembrar. Sin olvidar que las parábolas son originariamente relatos contados oralmente, Mateo, en la composición escrita, busca la mejor manera de poner en negrita cierta información. La duplicación con la que empieza esta parábola es una clara llamada de atención a los oyentes. Jesús invita a los discípulos —y nos recuerda también a nosotros— que debemos estar centrados en nuestra tarea. Si somos misioneros, debemos centrarnos en nuestra misión, sin distracciones ni tentaciones que confundan nuestra identidad y vocación. Como sembradores, no salimos a pescar, ni a cazar, ni a ordeñar... sino a sembrar. Aunque parezca obvio, a menudo se olvida.



El sembrador tampoco sale a cosechar. Nuestros dones, nuestros esfuerzos, nuestro horario y todas nuestras estructuras deben dirigirse a la tarea evangelizadora, sin obsesionarse con resultados inmediatos y asombrosos. La tierra que configura el corazón del mundo no siem-

pre está abonada o preparada para la siembra. Frente a nuestra misión cabe la aceptación o el rechazo; personas que acogen el mensaje, otras que ridiculizan o simplemente personas que no están interesadas en absoluto en lo que proclamamos. Pero al misionero nada le arredra porque el sembrador sale a sembrar. Somos sembradores movidos sólo por la esperanza que no defrauda (Rom 5,5); alentados por la certeza de saber que el dueño de la mies hará germinar su simiente; fieles al compromiso de participar en la misión de sembrar. ☺

Para concluir este día de retiro y reflexión a la luz de la parábola del sembrador, te invito a hacer un ejercicio de contemplación frente a una magnífica obra del pintor claretiano Maximino Cerezo Barredo. En el cuadro que te proponemos es muy interesante cómo el personaje sentado sobre la barca (Jesús) y el sembrador esparciendo las semillas (nosotros) se miran a los ojos, cómplices en la misma misión. El primero inspirando, el segundo emulando. El Maestro enseñando, el discípulo misionero aprendiendo. Y tú, ¿te atreves a salir y sembrar con él?

- 1 X. LEÓN-DUFOUR, *Estudios de Evangelio. Análisis exegéticos de relatos y parábolas*, Cristiandad, Madrid 1982, 248.
- 2 Usando la feliz expresión de Karl Rahner (*Curso fundamental sobre la fe. Introducción al concepto de cristianismo*. Herder, Barcelona 1979, 42).
- 3 Siguiendo las intuiciones de P. L. Berger, el gran teólogo español Juan Martín Velasco, en su interesante librito *Metamorfosis de lo sagrado y futuro del cristianismo* (Aquí y ahora 37, Sal Terrae, Santander 1998, esp. 21) nos ayudó a caer en la cuenta del peligro de ese atrincheramiento temeroso que socaba el celo misionero.



Los bracitos abiertos de Dios

Miguel Márquez Calle

CARMELITAS DESCALZOS (ROMA)

PREPÓSITO GENERAL

Tengo que contar un hecho impactante, protagonizado por una criatura minúscula y frágil. Un hecho que revela la sorpresa que nos aguarda inesperada, como guiño de Dios, en cualquier rincón del camino y en cualquier ser insignificante.

Estoy estos días en la India, apreciando la riqueza de este pueblo, de esta cultura, de esta religiosidad. Muy sorprendido por tantas cosas, sobre todo, por su forma de orar con pies descalzos, por su acogida, por su celebrar la vida, por su mirada, por su creatividad...


Acudo a casa de los familiares de un fraile aquí en Kerala. Allí está Irene Nora, que tiene dos años y que todavía no sabe hablar con palabras. Nunca nos hemos visto. Ella ha venido a India para su bautizo. Es hija de padres indios y vive en España, en Jaén, desde que nació. Tal vez porque el tono de piel más familiar para ella sea el color español más que el tostado indio, no lo sé. Lo cierto es que cuando llegamos a la casa de la familia, su tía la tiene cogida en brazos y, sin bajar yo todavía del coche, al verme, extiende desde lejos los brazos para abrazarme queriendo venirse conmigo. Los niños son tan espontáneos e instintivos.

Me acerco y se me lanza y abraza con toda paz y alegría. El gesto y el hecho me deja en shock y me dura

hasta hoy. Y se convierte para mí en un sacramento.

Durante todo el día pienso, de forma instintiva, sin esfuerzo, que el amor de Dios es como esos brazos abiertos, dispuestos a amar, incondicionales, en una acogida sin medida, sin juicio, sin merecimientos. En los bracitos pequeños de Irene Nora, que pedía ser acogida, recibo la fuerza de un cariño que me hace sentirme yo hondamente honrado, bendecido y abrazado.

Me viene a la mente lo que decía mi viejo y recordado profesor escolapio Miguel Ángel Asiaín, en los años de Salamanca, que, cuando miremos a los ojos de Dios en el último día, al romperse la tela del Encuentro, descubriremos fascinados, en Sus ojos y en Sus brazos de bienvenida, hasta qué punto somos amados y fuimos amados siempre. Y caeremos en la cuenta de lo tontos que hemos sido por no vivir la vida apasionadamente, dejándonos amar, lanzándonos y creyendo en ese amor, como la verdad más importante.

¿Acaso no es este dejarnos amar, rendirnos, creer y aceptar ese Amor el verdadero secreto y raíz de nuestra vida consagrada, nuestro auténtico carisma? 



María Teresa Cuervo

«Atravesando las podas de la vida, nos abrimos a la pregunta: y después de esto, ¿qué?»

Cumplir años es siempre ocasión para la gratitud y la esperanza; cuánto más cuando una congregación va sumando centenarios a su historia. María Teresa Cuervo, superiora general de la suya, nos comparte la alegría del Bicentenario Vedruna.

Adrián de Prado Postigo

MISIONEROS CLARETIANOS

Las instituciones de la vida consagrada, más o menos longevas, renacen de cuando en cuando y de un modo especial en sus efemérides. Celebrar el aniversario de la muerte del fundador o del establecimiento de la fundación es siempre una oportunidad para recoger el fruto que va dejando la memoria de la gracia pasada y abrirse al desafío de la misión futura.

En los últimos tiempos son varias las congregaciones que se están viendo revitalizadas en sus aniversarios: Familia Franciscana (octavo centenario de la muerte del fundador), Misioneros Paúles (cuarto centenario de su fundación), Familia Carmelita (tercer centenario de la canonización de san Juan de la Cruz y primero de su declaración como Doctor de la Iglesia),

Misioneras Cruzadas de la Iglesia (primer centenario de su fundación), etc. En este contexto, unidos a lo que toda la Iglesia recibe en estos momentos de conmemoración y renovación, ofrecemos una pequeña charla con la mujer que está hoy a la cabeza de una congregación que, en la humildad de una casa familiar de Cataluña, vio la luz hace doscientos años y mantiene sus puertas abiertas para el mundo.

María Teresa Cuervo fue elegida superiora general de las Carmelitas de la Caridad Vedruna el 3 de agosto de 2023, durante el XXVIII capítulo general de su congregación. Colombiana de nacimiento, había sido hasta ese momento superiora provincial de Vedrunamérica. Justo en la mitad de su mandato, la congregación Vedruna celebra el segundo centenario de su fundación, acaecida el 26 de febrero de 1826 en Vic (Barcelona). La historia de su fundadora, santa Joaquina de Vedruna (1783-1854), es fascinante. Pocas personas aúnan en una sola vida condiciones tan diferentes como las de esposa, madre, viuda, religiosa y fundadora. En el momento de su muerte, a los 71 años, dejó ya establecidas 30 comunidades en Cataluña. María Teresa es su sucesora 200 años después de la fundación y en esta entrevista nos acerca a un legado carismático que sigue vivo y vibrante en la misión de educar, sanar y liberar en el nombre del buen Jesús.

Se celebran 200 años de la fundación de la congregación y se acaba de presentar el libro «Vivir años, perdurar siglos. Joaquina de Vedruna, un esbozo biográfico»: ¿qué rasgos de la fisonomía espiritual de santa Joaquina de Vedruna le parecen más relevantes para la misión de la congregación hoy?

Su itinerario lleno de sentido en una espiritualidad encarnada desde aba-

jo, desde cerca y desde dentro nos orienta sobre dónde dirigir la mirada, el corazón y la acción. A descubrir al Dios de Jesús en la vida; al Jesús anodado, presente y actuando siempre en la Historia, en quienes sufren por la pobreza, por la persecución a causa de su compromiso social, y en quienes buscan una vida digna y sueñan con una humanidad más justa. Vivir apasionadas por Jesús y su Reino nos hace más humildes y sencillas, abriéndonos a la confianza y apostando por lo pequeño.

Joaquina vive la experiencia de la Trinidad como experiencia de amor, confianza y entrega, que la anima y acompaña en el servicio y entrega. A nosotras hoy su figura espiritual nos ofrece luces para el caminar cotidiano, impulsándonos a sembrar pequeños espacios de convivencia sana, un amor concreto hecho servicio; su legado nos habita y nos mueve a ser gestoras de paz, eje central de su espiritualidad.

También la Virgen María es importante en la experiencia espiritual de Joaquina. Asimismo, ella es para nosotras modelo de discípula seguidora de Jesús, mujer de la escucha y atenta a la realidad, abierta y disponible a la respuesta a Dios.

Si tuviera que destacar un rasgo especialmente significativo del modo y de la intención con que santa Joaquina impulsó la fundación de la congregación, ¿cuál sería?

En un contexto eclesial en el que predominaba el estilo monástico y de clausura para la vida religiosa femenina, santa Joaquina se atrevió a fundar una congregación de vida apostólica. Supo equilibrar con sabiduría los elementos esenciales de la vida religiosa con la posibilidad de que las hermanas ejercieran sus

actividades apostólicas con serenidad y criterios sólidos. Organizó la comunidad en y para la misión, y no al contrario.

Además, su estilo de vida fue profundamente sencillo. Se desprendió de todo para comenzar todo en pobreza y tenía la firme convicción de que la vida debía sostenerse con el propio trabajo. En coherencia con ello, acogió especialmente a jóvenes que, por su situación de pobreza, no tenían lugar en los conventos de la época.

Joaquina confió plenamente en quienes la acompañaron en el proceso de discernimiento. Alentó y acompañó a las primeras hermanas, ayudándolas a desplegar lo mejor de sí mismas. No impulsó la fundación en soledad, sino en comunión con la Iglesia, con amigos y con la vida religiosa de su tiempo.

Hoy reconocemos y valoramos también que santa Joaquina llevó adelante la fundación no solo con ayuda, sino con una participación activa de los laicos. Asimismo, promovió entre las hermanas un estilo de trabajo en equipo; en una de sus cartas expresa: «No hay superiora sin secretaria, ni secretaria sin superiora», convencida de que la misión se construye de manera compartida.



¿Qué objetivos e iniciativas se han propuesto para la celebración del bicentenario de la fundación y cómo están viviendo este tiempo de memoria y esperanza?

Este acontecimiento significativo para nosotras y para la Iglesia se ha planteado en torno a varios ejes: por un lado, hacer memoria agradecida del camino recorrido; por otro, renovar la vida espiritual y comunitaria; también proyectar el Carisma hacia las nuevas generaciones; fortalecer, además, la misión en un mundo en plena y continua transformación; y, en sintonía con el momento eclesial actual, celebrar esta efemérides como Familia Vedruna en clave sinodal. El Bicentenario se presenta, así, como una oportunidad para vivir la comunión y la participación.

Vivir este acontecimiento desde una perspectiva sinodal ha supuesto integrar a hermanas y laicos en un proceso compartido de reflexión, oración y acción. La sinodalidad nos invita a caminar juntas y juntos, reconociendo la diversidad como una riqueza y promoviendo espacios de encuentro y colaboración.

Algunas iniciativas concretas que estamos organizando e impulsando globalmente son, por ejemplo: la rehabilitación y reforma de la Casa Manso de Vic (casa familiar de santa Joaquina que sirvió también de cuna y referencia carismática para nuestra congregación), el empuje al movimiento en pastoral/misión juvenil y la formación específica en Carisma Vedruna.

Estamos viviendo este tiempo como una oportunidad fecunda para «nacer de nuevo». Ha movilizado a hermanas, laicos, jóvenes, estudiantes, personas de los barrios, congregaciones religiosas amigas y muchas otras personas que se han sumado a

las actividades programadas. Cada iniciativa se ha convertido en un espacio para expresar creativamente el carisma Vedruna, compartir nuestro ser y quehacer y, atravesando las podas que la vida nos ofrece, abrirnos a la pregunta que nos impulsa hacia adelante: y después de esto, ¿qué?

Como usted acaba de señalar, se ha inaugurado el nuevo rostro de El Manso Escorial en Vic, casa histórica de santa Joaquina: ¿qué significado tiene este lugar y qué se ha buscado con su renovación?

El Manso Escorial en Vic, casa histórica de Joaquina, es el hogar de la Familia Vedruna en todo el mundo, un lugar donde se percibe viva la presencia de quienes formamos parte de esta gran familia.

La renovación de la casa busca que quienes la visiten puedan vivir una experiencia de encuentro, silencio y contemplación, dejándose mirar por Dios, por santa Joaquina y por las primeras hermanas, y abriendo el corazón a la misión que nos convoca. Cada espacio invita a detenerse, respirar y reencontrarse con uno mismo y con Dios; no se trata solo de recordar, sino de vivir: discernir, descansar el corazón y abrir caminos nuevos, habitando los espacios desde los sentidos y desde lo más profundo del espíritu, en un lugar donde el silencio habla, la Palabra de Dios ilumina y cada persona se siente acogida tal como es.

A nivel histórico, la renovación propone un itinerario que acerca a los visitantes a los tres momentos clave de la vida de santa Joaquina: como esposa y madre, como viuda y como religiosa fundadora. Cada espacio, su diseño y su ambientación remiten a su vida, su legado y su testimonio de fe.

Además, el nuevo diseño de el Manso amplía la presencia de la casa, conectando la historia de Joaquina con la vida de las hermanas y laicos que, durante dos siglos, han seguido sus huellas y mantienen vivo el carisma Vedruna en todo el mundo. Todo se presenta en clave de misión, reflejando los tres rasgos esenciales del ser Vedruna: educar, sanar y liberar.

Viniendo de Latinoamérica y por su experiencia congregacional, ¿cómo ve la vida consagrada en Europa y, más concretamente, en España? ¿Se perciben con claridad sus fortalezas y debilidades?

Desde mi residencia en Roma, observo la vida consagrada, particularmente en España, principalmente a través de la experiencia misionera de mis hermanas.

Se vive un tiempo de relectura y discernimiento sobre las tareas de misión, valorando la riqueza de cada presencia y el compromiso de hermanas y laicos. Se promueven procesos que buscan sostener aquellas presencias donde la misión puede continuar con corresponsabilidad laical.

Tengo la impresión de que en España la vida consagrada impulsa la misión en red, el trabajo intercongregacional y con una inversión significativa en formación, con mirada al presente y al futuro. Destacan ámbitos como la educación, la salud, la hospitalidad, el compromiso por la justicia y la ecología integral, el cuidado de las hermanas mayores o enfermas y la atención a personas vulnerables, manteniendo la sensibilidad hacia las fronteras. La pastoral juvenil se identifica como un eje fundamental. Las hermanas están activas en la misión mientras la salud y las fuerzas acompañan, más allá de la edad de la jubilación laboral.

¿Cómo puede contribuir el carisma Vedruna a la misión evangelizadora de la Iglesia en este tiempo de profundos cambios y de creciente conciencia de la sinodalidad?

El carisma Vedruna contribuye a la misión evangelizadora ofreciendo una experiencia sencilla y significativa que se manifiesta, ante todo, en un compromiso concreto y testimonial de presencia en las periferias, tanto geográficas como existenciales, allí donde la vida es más frágil y necesita acompañamiento. En la presencia de las hermanas se encarna lo que santa Joaquina llamaba las «tres cualidades de espíritu»: educar, sanar y liberar.

Desde esta opción, nuestro carisma aporta también una manera de comprender y vivir la vida religiosa como realidad germinal: comunidades que, desde la minoridad evangélica, se sitúan de forma liminal, en los márgenes o en comunión solidaria con ellos, abiertas a los nuevos llamados del Espíritu.

Al mismo tiempo, el carisma Vedruna se encarna en un caminar conjunto con laicas y laicos, apostando decididamente por la Familia Carismática. En ella, lo que une no es una única forma de pertenencia, sino el legado compartido del carisma, vivido desde experiencias diversas que convergen en un mismo camino, una misma familia y una misión común.

En sintonía con la llamada de la Iglesia, que invita a todas y todos a permanecer en actitud de escucha, a poner en común la palabra, a realizar procesos de discernimiento y a ejercer un liderazgo compartido a la luz del Espíritu, las presencias Vedruna —de hermanas y de laicos— se sienten especialmente interpeladas a sembrar estas actitudes y prácticas allí donde están insertas.

Para ello, contamos con los espacios, el deseo y la disposición necesarios, así como con la confirmación de nuestro último documento capitular, Nacer de Nuevo, que nos orienta con claridad y nos reafirma en la convicción de que este es el camino por el que estamos llamadas a avanzar.



¿Hacia dónde se orienta hoy la misión de las Carmelitas de la Caridad Vedruna y en qué periferias humanas se hacen especialmente presentes?

Como Familia Carismática Vedruna, estamos llamadas a ser hermanas y hermanos y a mantener una presencia comunitaria significativa. Nuestra misión se desarrolla en las periferias, donde buscamos que nuestras presencias y actividades apostólicas sean sostenibles —personas, misión y economía—, acompañando especialmente a quienes viven en vulnerabilidad y, particularmente, a las personas que protagonizan los movimientos migratorios y de refugiados e impulsando el Pacto Educativo Global.

La misión también nos sitúa junto a los pueblos autóctonos, colaborando con ellos y con organizaciones internacionales que trabajan por sus causas, muchas veces vinculadas al cuidado de la madre Tierra. El cuidado del medio ambiente y de los más pobres son inseparables, y cultivamos una interioridad que nos impulse a superar

la indiferencia y a asumir un compromiso profético, mediante acciones justas, propositivas y constructivas.

Sumamos la voz Vedruna a la de quienes están comprometidos en estas realidades, promoviendo nuevos proyectos y comunidades con hermanas de distintos continentes, dando una respuesta global a la misión de la Familia y apoyando especialmente a las presencias en situación más fragilizada.

Si tuviera que invitar a una joven a abrazar la vida consagrada según el carisma Vedruna, ¿qué le diría?

Le diría, sencillamente, que adopte la misma actitud de Jesús, quien nos llama personalmente. Como expresa el Evangelio de Juan: «Ven y verás». Así lo siento y así lo he vivido.

Vale la pena dedicar la vida al Proyecto del Reino, ser Buena Noticia para los demás y convertirse en sembradoras de esperanza y sentido para la vida. Como dice Fernando Pessoa: «Todo vale la pena si el alma no es pequeña», y así lo vivió santa Joaquina, que nos invita a tener grandes deseos, ser mujeres fuertes, sostenidas por el fuego del amor de Dios; humildes, conscientes de que todo lo recibimos de Él; y diligentes, prontas para cumplir lo que el Señor nos pida, tal como expresa el grupo Ain Karem en la canción que han compuesto como himno para este bicentenario.




Si hace un pequeño balance de su camino como religiosa, ¿qué destacaría como lo más luminoso hasta ahora? ¿Hay alguna experiencia, enseñanza o encuentro que recuerde con especial gratitud?

Lo más importante para mí en este momento es la certeza de que el Dios de la Vida me acompaña y nos acompaña como equipo general en el servicio que prestamos a la Congregación y a la Familia Vedruna. Sentirnos sostenidas en este camino es, sin duda, fundamental.

También valoro profundamente el trabajo en equipo y la participación en las comisiones internacionales. A pesar de las dificultades y expectativas que puedan surgir, tanto dentro como fuera de estos espacios, los considero una gran riqueza por la diversidad de reflexiones, perspectivas y aportes, así como por la corresponsabilidad en la toma de decisiones y el acompañamiento a toda la Familia.

La confianza y el apoyo que la Familia Vedruna deposita en nosotras se han convertido en una fortaleza que nos impulsa a seguir avanzando en este camino.

Como experiencia significativa, recuerdo los inicios de mi vida religiosa. Vengo de una familia muy religiosa, en un contexto de religiosidad popular. Durante mi formación inicial, hubo un momento crucial en el que tuve que «dejar de ser de la iglesia para ser parte de la Iglesia»: dejar atrás la idea de un Dios inmensamente sabio, justo y todopoderoso que lo determinaba todo para descubrir al Dios de Jesús, que se manifiesta día a día a través de rostros concretos y de su Palabra.

Guardo una profunda gratitud hacia quienes me acompañaron en ese paso fundamental de mi vida, así como por todo lo vivido junto a los pobres y vulnerables en los distintos lugares donde he vivido y gastado mi vida. 



La grandeza de un sí


Carolina Blázquez

ORDEN DE SAN AGUSTÍN (ÁVILA, ESPAÑA)
PRIORA DEL MONASTERIO DE LA CONVERSIÓN

Hace poco, con motivo del año jubilar sanjuanista que estamos celebrando, he podido visitar Fontiveros, el pueblo natal de san Juan de la Cruz, y Duruelo, el que sería el primer convento de la reforma descalza masculina. Una característica común de estos espacios es su falta de relieve, y esto dicho en varios sentidos al estar enclavados en el corazón de la meseta castellana. Me conmueve pensar que en estos lugares perdidos y pobres del universo se fraguó, en silencio, de forma totalmente escondida, con la sencillez de lo cotidiano, en lo corriente de una vida como otras y entre otras, la grandeza del sí de una libertad humana ofrecida y disponible totalmente para Dios y que esto haya tenido un eco y una repercusión tal que haya podido cambiar decisivamente el destino de la historia.

La paradoja de la grandeza del mediofraile, Juan de Yepes, es la misma que la de tantos otros, hoy conocidos de todos, pero que vivieron una existencia realmente escondida con Cristo en Dios. Me refiero a Bernardette Soubirous, Teresa de Lisieux, Damián de Molokai, Charles de Foucauld... entre otros muchos, me he limitado a citar tan solo a algunos de mis preferidos. Hombres y mujeres tan normales como desconocidos, situados en parajes concre-

tos y, por eso, recónditos de nuestro mundo, sin profesiones ni funciones sociales reconocidas. Estuvieron ceñidos a un tiempo concreto, a unas circunstancias limitadas, a una realidad pequeña en la que comprendieron que «para amar a Dios en la tierra, no tenemos más que el hoy y el aquí». Fue la pura docilidad a la gracia de Dios lo que hizo de ellos grandes testigos.

Ahora se acerca la celebración del 25 de marzo y, de entre estas historias, la más escandalosa es la de María de Nazaret. María, una joven sin apellidos, gastando los días en una pequeña aldea de la Palestina dominada por los romanos, probablemente analfabeta, una de tantas y única ante Dios, de cuyo sí a la voluntad del Padre ha dependido la salvación del mundo. Esto es así hasta el punto de poder hacer nuestras las palabras de san Anselmo, arriesgadas pero verdaderas, pues a Ella, a la pequeña María «le debemos tanto como a Dios». 



«Provocaciones»: Treinta años de una palabra explosiva en el magisterio

José Cristo Rey García Paredes
MISIONEROS CLARETIANOS

El 25 de marzo de 1996, solemnidad de la Anunciación, san Juan Pablo II firmaba *Vita Consecrata*. Han pasado treinta años. Y entre sus tesoros hay una palabra que el magisterio nunca había usado para hablar de los consejos evangélicos: *provocatio*. No «vocación». No «llamada». Provocación.

El Papa la utiliza en los números 87 a 91, al abordar «el testimonio profético de los consejos evangélicos ante los grandes desafíos del mundo». Y lo hace sistemáticamente: castidad, pobreza y obediencia son presenta-

das como respuesta a una *provocatio* cultural. Treinta años después, esa intuición reclama ser desenterrada. Porque lo que Juan Pablo II vislumbró entonces es hoy todavía más urgente.

Una novedad magisterial explosiva

Cuando *Vita Consecrata* presenta los consejos como *provocaciones*, introduce una categoría radicalmente nueva. No se trata de una simple *vocatio* —llamada personal—, sino de una *pro-vocatio*: interpelación lanzada hacia fuera que desinstala, remueve, obliga a tomar postura.

Ante la primera provocación (VC 88): la cultura hedonista que reduce la sexualidad a «mero juego y objeto de consumo». La castidad responde como «revulsivo profético» que atestigua que «lo que muchos creen imposible es posible y verdaderamente liberador con la gracia del Señor Jesús».

Ante otra provocación (VC 89): el materialismo «ávido de poseer, de bienestar y de consumo». La pobreza se alza recordando «que el verdadero bien es Dios y que todo bien terreno es relativo».

Ante la tercera provocación (VC 91): el «subjetivismo exasperado que prescinde de la relación constitutiva con la verdad». La obediencia proclama que «no hay contradicción entre obediencia y libertad», porque la libertad auténtica se realiza «asumiendo la voluntad paterna como alimento cotidiano» (VC 21).

Esta es la arquitectura conceptual: tres provocaciones culturales, tres contra-provocaciones proféticas. Los consejos evangélicos son bombas colocadas en el corazón de la cultura contemporánea.

La provocación en el pensamiento contemporáneo

Peter Sloterdijk diagnostica nuestra época como era de «cinismo difuso» donde todo se ha vuelto previsible, inofensivo. El pensador genuino debe actuar como «rompeburbujas», desenmascarando falsas conciencias, ídolos silenciosos. La provocación no es escándalo estéril, sino mecanismo para despertar a una sociedad anestesiada.

Viktor Frankl descubrió que el ser humano necesita ser provocado, interpelado desde fuera para encontrar sentido. «El hombre no debería preguntarse cuál es el sentido de su vida, sino comprender que es a él a quien se le pregunta».

Slavoj Žižek sostiene que en una sociedad saturada de estímulos y vacía de sentido, solo la provocación radical puede traspasar la coraza del cinismo. «El acto verdadero es aquel que rompe las coordenadas simbólicas establecidas».

En todos estos pensadores, la provocación comparte características: no es fin en sí misma, sino medio para despertar; implica riesgo; busca respuesta libre; se opone a la anestesia cultural. Los consejos evangélicos —presentados por *Vita Consecrata como provocaciones*— adquieren así una potencia nueva: actos radicales que rompen las coordenadas de nuestra cultura y obligan a una reconfiguración existencial.

Los tres aldabonazos proféticos

Primera provocación: El celibato como signo indescifrable

«Hay eunucos que se hicieron tales por el Reino de los Cielos» (Mt 19,12). ¿No es explosivo llamar a alguien «eunuco por el Reino»? En una cultura hipersexualizada, el célibe que vive su consagración con gozo plantea preguntas inadmisibles: ¿Se puede ser plenamente humano sin pareja sexual? ¿Es el amor algo más que satisfacción del instinto?

La respuesta no es discurso. Es vida que manifiesta que «lo que muchos creen imposible es posible y verdaderamente liberador» (VC 88). Esta es la provocación más escandalosa: demostrar con hechos que la promesa cultural del sexo como camino obligatorio hacia la felicidad es una mentira.

Más aún: el celibato no es negación sino fecundidad transfigurada. «La virginidad consagrada libera el corazón humano para que arda más en el amor a Dios» (VC 88) y se derram

me en servicio universal. El célibe se convierte en «persona pública» cuyo amor, no acaparado por nadie, puede abrazar a todos. Esa gratuidad radical es dinamita para un mundo que cree que amar es poseer.

Segunda provocación: La pobreza como revuelta contra los ídolos

Ante el materialismo «ávido de poseer» (VC 89), ¿no es explosivo pedir a alguien que abandone sus bienes y se haga pobre? Juan Pablo II pide «un nuevo y decidido testimonio evangélico de abnegación y de sobriedad» (VC 90), «un estilo de vida fraterna inspirado en criterios de sencillez y de hospitalidad».

En una sociedad que mide el valor por la capacidad de consumo, quien opta por la sobriedad lanza una bomba: este orden social basado en la acumulación es una mentira. Quien opta por los pobres —contacto real con el sufrimiento— no puede instalarse. Su existencia se convierte en denuncia de estructuras que excluyen.

Tercera provocación: La obediencia como rebeldía de la entrega

Ante el «subjetivismo exasperado» (VC 91), ¿no es explosivo negarse a uno mismo y obedecer al que va delante, es decir, «seguir a Jesús» cuyo viaje concluye en la Cruz? Esta es la contra-provocación más radical que puede lanzarse a una cultura narcisista.

Pero esta obediencia no es pasividad. Es rebeldía contra la tiranía del capricho, contra la dictadura del «porque me da la gana». «No hay contradicción entre obediencia y libertad» (VC 91), porque la libertad auténtica no consiste en hacer siempre lo que uno quiere, sino en querer lo que es bueno. El obediente pro-

clama que el yo no es ídolo a adorar, sino don a entregar.

Treinta años después: la mecha encendida


Los consejos evangélicos son una bomba. *Vita Consecrata* lo vio hace treinta años. Una bomba colocada por el Espíritu Santo, el Gran Provocador, que cuestiona los ídolos de nuestra sociedad: el placer como fin, el tener como medida del ser, el poder como aspiración suprema.

Pero es una bomba que *ha de explotar*. Treinta años después, la pregunta duele: ¿ha explotado? Una vida consagrada que no provoca, que no incomoda, que ha hecho las paces con el mundo, es sal insípida. La crisis vocacional, la medianía institucional son síntomas de una bomba domesticada.

Sin embargo, la esperanza permanece. Porque la bomba no la fabrican los consagrados. La ha colocado el Espíritu Santo, el mismo que en Pentecostés irrumpió como viento huracanado y que sigue buscando corazones dóciles para seguir provocando al mundo.

La vida consagrada está llamada a ser «Pentecostés permanente» (VC 109). Para ello necesita recuperar la audacia de los orígenes, la radicalidad del Evangelio, la confianza en que la provocación del Espíritu es más fuerte que todas las seguridades del mundo.

Sócrates provocaba con preguntas. Los profetas con gestos. Los mártires con sangre. Los consagrados están llamados a provocar con su vida entera.

Y Jesús promete que desde la Cruz —la provocación máxima— atraerá a todos hacia sí. No con argumentos. No con marketing vocacional. Con el escándalo del amor crucificado. 



Hijos de la Sagrada Familia de Jesús, María y José

P. Jesús Díaz Alonso

SUPERIOR GENERAL DE LOS HIJOS DE LA SAGRADA FAMILIA

Fuimos fundados por San José Manyanet en 1864. Trabajaba como secretario del obispo Caixal en la diócesis de Urgell y, a raíz de las visitas pastorales a las parroquias y pueblos, observando la realidad familiar y educativa de la época, sintió la llamada a fundar una Congregación religiosa que se dedicara a «promover el culto de la Sagrada Familia mediante, en modo particular, la educación cristiana de los niños y jóvenes». Tras el discernimien-

to necesario se lanzó a la «aventura» junto a los primeros discípulos que se le unieron que continúa en nuestros días a través de la acción pastoral y educativa de los Hijos de la Sagrada Familia y de las «Misioneras Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret».

La comunidad religiosa

Nazaret se presenta como el modelo de vida de la comunidad religiosa y también de las familias. Y, en esta mirada a Nazaret subraya que la

contemplación de la vida de la Sagrada Familia (las «Visitas» a Nazaret de las que habla en uno de sus libros) ha de traducirse en actitudes de filiación y fraternidad en la propia comunidad y ha de estar en la base de la acción pastoral y educativa. «Una familia para las familias» puede sintetizar muy bien su pensamiento en este punto. Y esta es, sin duda, una dimensión profética: vivirla consagración con un estilo de vida comunitario, integrador, intercultural... una vida coherente fiel, en la vida ordinaria, al evangelio. Aprendemos en Nazaret, hogar, escuela y taller, el arte paciente de ser hijos y hermanos para ofrecer este testimonio a los demás en todos nuestros apóstolados.

La familia

Tanto en el siglo XIX como en el XXI, salvando las enormes diferencias sociales, culturales, sigue siendo un pilar fundamental de la sociedad y el «ámbito de relaciones humanas» más apreciado por todos. Asusta a muchos jóvenes embarcarse en la aventura de formar la propia familia y se «justifica» este temor por razones de tipo social, ideológico, económico... pero, al mismo tiempo, se sigue valorando la familia y las relaciones de amor, cuidado, apoyo económico, emocional... y la riqueza intergeneracional. Los vínculos en el fondo, cuya pérdida nos deja desarraigados totalmente.

En este contexto caminamos junto a las familias en sus realidades, acompañándolas en los itinerarios educativos y catequéticos. Toda nuestra acción educativa y catequética es «familiar», tratamos e insistimos en que implique a todo el hogar dándoles, al mismo tiempo, todo el protagonismo que tienen como «pri-

meros transmisores de la fe y educadores de sus hijos» y «primera escuela». La propuesta de la Sagrada Familia como modelo («Un Nazaret en cada hogar») se integra en el camino de fe y búsqueda común de la voluntad de Dios, así como de la peregrinación en esperanza que es, en el fondo, la vida humana.

La educación

Una de las intuiciones más novedosas del P. Manyanet fue su insistencia en «educar el corazón y la inteligencia» y su clara intuición de que, en el tema educativo, debíamos estar siempre «a la altura del siglo». Y estar «a la altura del siglo» pasa en primer lugar por cuidar en las escuelas en ambiente de familia, de confianza y respeto entre toda la comunidad educativa de modo que sea «favorable» al encuentro humano que es siempre el primer momento de la educación.



Es ciertamente un reto permanente por el que hay que luchar cada día, pero estamos convencidos de que, sin un entorno amable, acogedor y exigente al mismo tiempo, difícilmente se puede construir un aprendizaje significativo. Todas las innovaciones pedagógicas que asumimos siempre, desde la dimensión más humana, el análisis de la realidad y el trabajo «en red», tienen sen-

tido en la medida en que sirven a la educación y formación integral de los alumnos, en la que un elemento esencial es el «afectivo-emocional». Y, actualmente, tras una opción clara de formación y acompañamiento personal, esta «vivencia carismática» está en «manos de los laicos», particularmente de los profesores y personal de servicio de las escuelas, auténticos referentes, como los religiosos, de la acción educativa.




El futuro

Religiosos, familias, comunidades educativas y parroquiales caminamos siempre en disponibilidad de servicio. No es ciertamente fácil ni a nivel de vida consagrada ni de pastoral educativa, particularmente, por tantas razones internas (clara disminución de la presencia de los religiosos) y externas (sociales, políticas e ideológicas) que los lectores de una revista como «Vida Religiosa» entienden perfectamente. Pero, desde la raíz de nuestro

carisma nazareno, «donde la Palabra se hizo carne» y compartió nuestra vida humana junto a María y José, asumimos la realidad con la conciencia de ser «peregrinos», siempre en disponibilidad de servicio con apertura y confianza en Dios, caminando, junto a nuestros hermanos, «a la Luz de Nazaret» que es el Señor: su vida, su palabra, su «Gracia».

Construyendo el futuro, el discernimiento comunitario pasa por vivir la comunión fraterna: somos «hijos» y hermanos en una familia que es comunidad de fe que descubre y ama a Cristo en cada hermano; por aprender, desde una actitud humilde, a caminar junto a tantas personas que iluminan el mundo aportando lo mejor de ellas mismas, particularmente las familias, los docentes de las escuelas, los alumnos... y ofrecer un testimonio alegre del evangelio de Nazaret en la vida de cada día abriendo siempre esperanza.

En este sentido, la colaboración intercongregacional, el protagonismo de los laicos en todas las acciones evangelizadoras y educativas, la implicación de las familias en las mismas, la animación del equipo de pastoral «alma de la escuela», la cultura del cuidado así como la colaboración con las Instituciones educativas a nivel autonómico y nacional, la apertura a todos como centros de integración e iniciativa social, siempre desde la centralidad de la persona en su dignidad más profunda de hijo-a de Dios, nos ayudan a «soñar» un futuro sostenible para nuestras comunidades religiosas y centros de apostolado. 

Si desean dar a conocer su instituto en esta sección de la revista, pueden enviar un texto de 7.000 caracteres (con espacios) y tres fotos significativas de buena calidad a: secretaria@vidareligiosa.es



Braseros y vasijas

Ya van 30 años desde que san Juan Pablo II instituyera las Jornadas Mundiales de la vida consagrada, los mismos que cumple la exhortación *Vita Consecrata* a cuya relectura estamos dedicando una sección en los números mensuales de este año 2026.

Gonzalo Fernández Sanz
MISIONEROS CLARETIANOS

En el número de febrero de nuestra revista no pudimos hacernos eco de la homilía que el papa León XIV dirigió a todos los consagrados en la misa celebrada en la basílica de san Pedro el pasado 2 de febrero, fiesta de la Presentación del Señor. Lo hacemos ahora para mantenernos en

sintonía con el sucesor de Pedro. El estilo de León XIV no es el de Francisco. Al Papa argentino le gustaban las provocaciones. Con facilidad descendía de las meditaciones bíblicas a comentarios sobre los chismes en la vida comunitaria, las veleidades de los superiores o las rarezas de los



ancianos. León XIV es más sobrio y comedido, aunque también disfruta usando imágenes.

Glosando el texto del profeta Malaquías leído en la primera lectura de la misa (Mal 3,1-3), habla de los consagrados como «*braseros* para el fuego del Fundidor y *vasijas* para la lejía del Lavadero». Las imágenes son sugerentes y poco usadas. Con ellas, León XIV alude al objetivo de nuestra misión: «Que Cristo, único y eterno Ángel de la Alianza, presente también hoy entre los hombres, pueda fundir y purificar los corazones con su amor, con su gracia y con su misericordia». ¿Cómo podemos colaborar en esta acción purificadora de Cristo? La respuesta del Papa es clara: «Están llamados a hacerlo, ante todo, mediante el sacrificio de su existencia, arraigados en la oración y dispuestos a consumirse en la caridad». En esta tarea tenemos ante nuestros ojos algunos modelos: «Sus fundadores y fundadoras, dóciles a la acción del Espíritu Santo, les han dejado modelos maravillosos de cómo vivir de manera concreta este mandato. En continua tensión en-

tre la tierra y el Cielo, con fe y valentía se dejaron llevar, partiendo de la Mesa Eucarística, unos al silencio de los claustros, otros a los desafíos del apostolado, otros a la enseñanza en las escuelas, otros a la miseria de las calles, otros a las fatigas de la misión. Y con la misma fe regresaron cada vez, humilde y sabiamente, a los pies de la cruz y ante el sagrario, para ofrecerlo todo y reencontrar en Dios la fuente y la meta de toda su acción. Con la fuerza de la gracia, se lanzaron también a empresas arriesgadas, haciéndose presencia orante en ambientes hostiles e indiferentes; mano generosa y hombro amigo en contextos de degradación y abandono; testimonio de paz y de reconciliación en medio de escenarios de guerra y de odio, dispuestos incluso a sufrir las consecuencias de un obrar a contracorriente que los hizo en Cristo «signo de contradicción» (Lc 2,34), a veces hasta el martirio».

No solemos vernos a nosotros mismos como «braseros» para el fuego del Fundidor, que es Cristo. Por una parte, los modernos radiadores de agua caliente y los calefactores eléctricos han ido arrinconando los viejos braseros con los que se calentaban hace años muchos hogares en el frío invierno. Por otra, las fundiciones de los metales suelen hacerse hoy en complejos industriales, no en ámbitos domésticos. Un braser —término usado por el Papa— es un «recipiente de metal, ancho y hondo, ordinariamente circular, con borde, en el cual se echan o se hacen brasas para calentarse». Nosotros, los consagrados y consagradas, no somos el fuego, sino el recipiente que contiene las brasas de Cristo y de su Espíritu. El braser doméstico tiene una doble función. Por una parte, acoge las brasas; por otra, mantiene el calor



producido por ellas y lo difunde. Con esta imagen, el papa León XIV nos invita a dejarnos penetrar por el fuego divino para que podamos convertirnos también en sus difusores. Ese fuego tiene la capacidad de calentar la frialdad del mundo, iluminar sin deslumbrar, pero también de separar los metales de las escorias, de cauterizar heridas y hacer hogar. En torno al brasero se reúnen los miembros de la familia. La vida consagrada, en cuanto «brasero eclesial» puede colaborar no solo en el proceso de fundición y discernimiento, sino también en la misión de reunir a todos alrededor del fuego de Cristo. El brasero, además de su fuerte connotación purificadora, es una metáfora de las *mutae relationes* entre todas las formas de vida cristiana en la Iglesia.

Más extraña parece, a primera vista, la misión de ser «vasijas para la lejía del Lavadero». Es una imagen que habla de purificación y limpieza. En tiempos bíblicos, el lavadero (o batanero) no lavaba ropa delicada. Era un trabajador que limpiaba y espesaba telas nuevas, generalmente de lana, mediante un proceso arduo,

golpeando, pisoteando y restregando las telas con agentes alcalinos fuertes (lejía) para quitar manchas, aceites y suciedad. En el relato de la transfiguración de Jesús hay una referencia que recuerda a la función del lavadero contenida en la profecía de Malaquías: «Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo» (Marcos 9,3). Quien purifica y quita las manchas es solo Cristo, el Mesías. Nosotros no somos ni el lavadero ni la lejía. Somos solo las vasijas que contienen la lejía del único Lavadero. Ser vasijas significa vaciarnos de todo para que el espacio lo ocupe Cristo y, de esta manera, purifique el mundo con la energía de su amor y misericordia.

Braseros y vasijas son dos imágenes que acentúan la receptividad. Ambas remiten a realidades primigenias: el brasero acoge el fuego y la vasija acoge la lejía. Cristo es el fuego que funde y la lejía que limpia. Nosotros, las personas consagradas, nos limitamos a ser braseros y vasijas en la misión nunca concluida de preparar el camino al Señor. ☪



Redes sociales y empoderamiento de las frustraciones

Gregory Ezeokeke

MISIONEROS CLARETIANOS (ABUJA, NIGERIA)

Las redes sociales han creado un fenómeno sin precedentes en la historia de la narración. En la Edad Media, los materiales se copiaban a mano en los *scriptoria* monásticos y la información contenida en los libros estaba limitada a unos pocos privilegiados que podían permitírselo. Con la invención de la imprenta por Johannes Gutenberg, los libros se hicieron más accesibles, pero la información que contenían seguía estando controlada por los ricos que podían encargárselos. En el mundo moderno, las grandes empresas que dirigían los medios de comunicación eran propiedad de unos pocos individuos poderosos que decidían lo que el mundo debía consumir como noticias.

Con la llegada de las redes sociales, surgió un nuevo grupo de voces poderosas: los *influencers*. Sin embargo, estos *influencers* no necesitan dinero, sino unas cuantas historias convincentes, a veces sensacionalistas, que les han dado protagonismo. Algunos sacerdotes y religiosos africanos, al igual que en otras partes del mundo, se han convertido en *influencers* o han ganado reconocimiento en las redes sociales. La mayoría de ellos son edificantes. Sin embargo, dado que las redes sociales no cuentan con un sistema de censura y control de la verdad, tam-

bién se han convertido en una fuente de desahogo de frustraciones de formas que podrían ser perjudiciales para la Iglesia. Recientemente, en Nigeria, una monja expulsada de su congregación se pronunció en Facebook con acusaciones generalizadas contra sacerdotes por conducta sexual inapropiada. Otro sacerdote utilizó el mismo foro para atacar abiertamente a su obispo.

Aunque no pretendo arbitrar a favor de ninguna de las partes, tengo claro que las redes sociales proporcionan una plataforma para que la gente ignore los canales adecuados para la resolución de conflictos. También está claro que la formación de las personas consagradas en África debe incluir ahora necesariamente un sólido plan de estudios para la formación de sus miembros sobre el uso correcto de estos medios, de modo que puedan seguir siendo un ámbito adecuado para la evangelización en lugar de un lugar destructivo para descargar frustraciones. ©



La inflación de las imágenes

Pedro Manuel Sarmiento

MISIONEROS CLARETIANOS


Todos los días se documenta el dolor mundial mediante imágenes, reportajes, fotografías, vídeo, escenas de dolor en directo, etc., Son incontables las oportunidades que nos depara el día a día para «mirar» el dolor de los demás. Recientemente en España ha habido un terrible accidente ferroviario, las imágenes de dos trenes con 46 cadáveres en su interior, nos han hecho conscientes de nuestra vulnerabilidad. Me digo: Ahí podría haber estado yo mismo, que hago a menudo ese trayecto...

¿Llevan las imágenes a la compasión y a la lucha contra el dolor, la injusticia, la guerra y el sufrimiento? Decía Susan Sontag que «no es que la gente recuerde por medio de fotografías, sino que solo recuerda las fotografías».

Las imágenes generan una sensibilidad que no tendríamos si no existieran, pero también producen una especie de inflación paralizante. No basta consumir las imágenes, que registran las grandes atrocidades de la humanidad, también se debería sentir la obligación de pensar en cómo nos afectan al verlas y, consecuentemente, invitarnos a la acción..

Desgraciadamente, existe una fascinación morbosa, un deleite, o un interés curioso por el sufrimiento de los demás. Nos «gusta» ver el sufrimiento, no para compadecerse sino, tal vez, para excluirse. El que sufre siempre es otro: ¡Gracias a Dios, esto no me está ocurriendo a mí! La po-

sición erguida del vivo, frente al que ha muerto —como hizo notar Elias Canetti— le da el privilegio de excluirse, y de pensar que siempre se muere «el otro». La imagen puede anestesiar, e incluso ofrecernos una realidad como «de película» o de videojuego catastrófico.

Olvidamos las imágenes duras porque tenemos miedo a su realidad. ¿Qué ha pasado últimamente con la guerra de Ucrania...? Las emociones que despiertan las imágenes, llevan fácilmente al sentimiento de que no hay nada que nosotros podamos hacer ante tales atrocidades. La pasividad embota el sentimiento, y produce anestesia moral. Nuestra simpatía proclama nuestra inocencia tanto como nuestra ineficacia. Luego las víctimas se ven «homenajeadas», cuando los que deberían suscitar es nuestra tristeza y compasión, así como nuestra voluntad de ponernos manos a la obra para que el dolor no nos domine. 



Elogio espiritual del cuerpo

María Dolores López Guzmán

150 pp.

San Pablo, Madrid, 2025.


El cuerpo humano es el territorio en el que asientan el hombre y la mujer, y en el que residen todas nuestras experiencias. Actualmente el cuerpo se ha convertido en el icono cultural por excelencia: omnipresente, predominante y socialmente discriminante, a causa de las exigencias sociales, no siempre razonables ni éticas. En los últimos años se ha incrementado la literatura sobre la corporeidad desde muy variadas perspectivas, sobre todo en el ámbito de las ciencias sociales, las humanidades, etc., abundando los tratamientos multidisciplinares del significado del cuerpo. Sin embargo, la literatura teológica y espiritual sobre la corporeidad es más bien escasa.

Este libro de María Dolores López Guzmán, responsable de la protección y el cuidado de las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús en España, es un volumen descriptivo y multidisciplinar de los aspectos del cuerpo, que también deben ser vistos a la luz de la fe. Un libro con un estilo poético y evocador, y un toque femenino muy bello desde la primera página. La autora habla de sus vivencias como marco de las reflexiones, así como de la conexión entre las mismas con la Escritura y su experiencia espiritual. La singularidad de la identidad, los sentidos, el movimiento, el espacio, el pu-

do, la enfermedad, el dolor, la violencia, la muerte y algunas dimensiones del cuerpo de Cristo, junto con otras muchas temáticas derivadas y evocadoras, aparecen en este volumen en un intento constante de valoración de lo corporal, sin caer nunca en el dualismo ni en la dicotomía cuerpo-alma.

Un libro para disfrutar de su lectura y su belleza. La autora consigue lo que pretende: «Dar la vuelta a nuestros esquemas para buscar incansablemente qué es lo que nos aporta un poco de paz. Lo que es bello ya no salta a la vista» (p. 27).

Un libro aparentemente pequeño pero intenso, que enseña cómo la corporeidad es el centro «real» de la existencia humana. Recomendable para todos los públicos, y en el caso de los consagrados, especialmente para quienes se dedican al cuidado de los demás o de sus hermanos y hermanas.

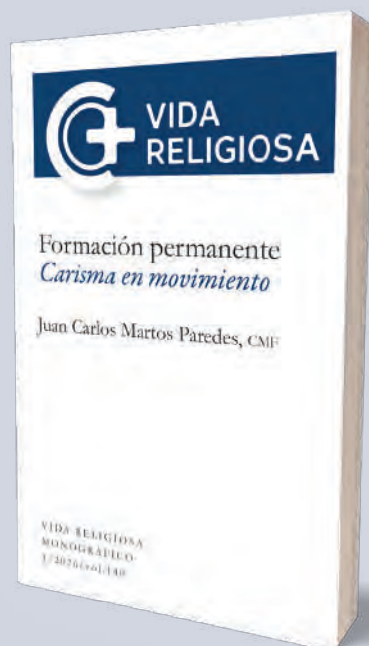
Decía E. Lledó que «hay que pensar desde el cuerpo», ya que desde ese centro se despliega el pensamiento y, en el caso de este libro, también la espiritualidad. Hacia afuera el cuerpo está transitando por el mundo de nuestras circunstancias y, hacia dentro, por el inexplorado territorio de la fe en Dios que se hizo carne como nosotros. 

Pedro Manuel Sarmiento, CMF.

NOVEDAD MONOGRÁFICO

Formación permanente *Carisma en movimiento*

Juan Carlos Martos Paredes, CMF



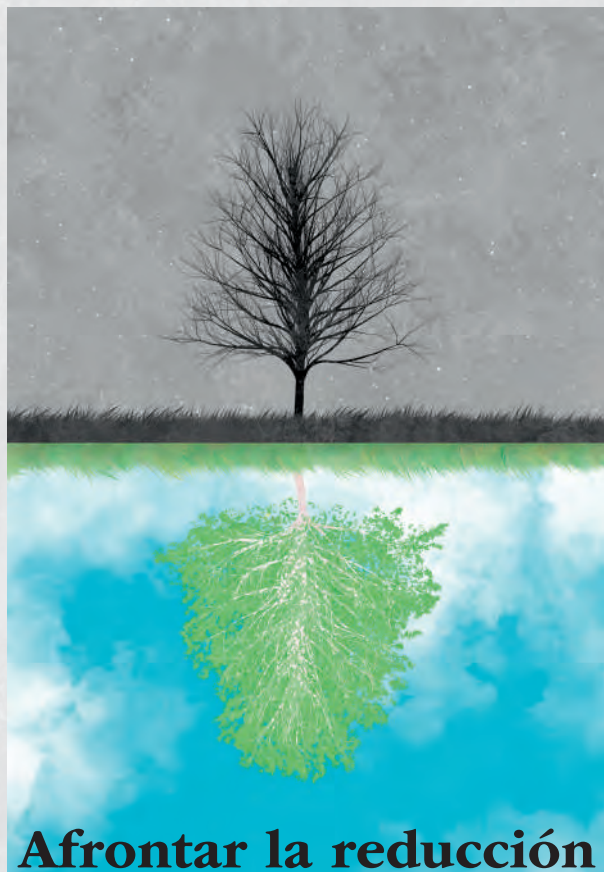
La **Formación Permanente** no es un complemento opcional de la vida consagrada, sino una exigencia que brota de su misma entraña, especialmente en el momento histórico que atravesamos. La **secularización**, el **individualismo**, la **interculturalidad**, los nuevos paradigmas antropológicos y el acelerado desarrollo tecnológico configuran un escenario complejo y desafiante. La **Formación Permanente** permite leer esta realidad con una mirada creyente, discernir sin ingenuidad ni temor y evitar respuestas heredadas del pasado ante desafíos inéditos. Sin ella, la vida consagrada corre el riesgo de volverse irrelevante o incomprensible.



55^a

Semana Nacional
Institutos de Vida Consagrada

INSTITUTO TEOLÓGICO
VIDA RELIGIOSA



Afrontar la reducción

Caminando y habitando en el desierto

Tres encrucijadas

Eclesial.
Teológica.
Sociológica.

Tres modelos bíblicos

El camino de Elías
Israel.
Jesucristo.

Tres propuestas

Oasis en el desierto.
De la cotidianidad herida
a la cotidianidad sanada
Espacios de prueba.

Panel de experiencias.

Cine y plegaria

Escucha y reflexión
Jesús ante las tempestades
de la vida (The Chosen)

Un colofón y una promesa

«Has de ir por donde no sabes».
Espiritualidad de la reducción.

**EVENTO
BIMODAL**

Nos acompañarán los cardenales:

Cristóbal López y Aquilino Bocos.

Y, entre otros, los profesores:

**Fernando Vidal; Carmen Yebra; Silvia Rozas;
Gonzalo Fernández; Ángel Barahona ...**

Días: 8 – 11 abril 2026 | Madrid

Lugar: Teatro Salesianos | Paseo de Extremadura – Madrid

Información e inscripciones

C/ Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo. 28008 | Madrid | +34 91 540 12 73
whatsapp +34 626 278 077 | secretaria@itvr.org | itvr.org